

El prodigioso de la montaña



Martín Díaz Valdez

Goríron


loqueleo
SANTILLANA

El prodigioso de la montaña



Martín Díaz Valdez

Goríron


loqueleo

SANTILLANA

El prodigioso de la montaña

D.R. © De esta edición:
2015, Editorial Santillana, S.A.
26 avenida 2-20 zona 14
Ciudad de Guatemala, Guatemala, C.A.
Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

El prodigioso de la montaña fue escrito e ilustrado por **Martín Díaz Valdez “Goríron”**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Las características gráficas de la colección son obra de **Álvaro Sánchez**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago**, **Alejandro Sandoval** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fueron realizadas por **Julio Santizo Coronado**. Diseño de cubierta: **Martín Díaz Valdez “Goríron”**. Coordinación de arte: **Sonia Pérez Aguirre**. Diagramación: **Sonia Pérez Aguirre**.

Primera edición: agosto de 2015
ISBN: 978-9929-679-29-0
Impreso en

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.



El prodigioso
de la montaña

Martín Díaz Valdez

Goríron


loqueleo
SANTILLANA

I

Un nuevo amigo

Siempre voy a recordar el sol, cómo se reflejaba su luz en el agua del lago. Voy a recordar siempre su transparencia, los tepocates en la orilla, las ganas de sumergir los pies en él. Pero lo que más voy a recordar es lo pequeño que se veía el pueblo desde allí, al otro lado de los árboles, que también parecían un lago, pero verde. Seguro que nadie más que los pájaros que lo visitaban para pescar lo habían visto en mucho tiempo. Tampoco voy a olvidar el vértigo, sobre todo cuando veía hacia abajo y pensaba en lo cerca que estuvo el pueblo de ser destruido por el agua y el lodo.

Me alegro de haber sacado tan malas calificaciones en la escuela esa vez. Sí, de no haber sido por eso, no habría salido de mi casa el sábado en la mañana a caminar por el bosque para pensar. Era el mejor lugar, pues me gusta el sonido del viento en los árboles y el ruido de las hojas bajo mis pies cuando necesito estar solo.

Nunca había tenido que pensar tanto. Por eso hasta ese día no había caminado por lo más profundo del bosque. Pas pas pas sonaban las hojas en el suelo mientras me regañaba a mí mismo y me lamentaba de que las vacaciones solo iban a durarme una semana más —que era el tiempo que tardaban los maestros en citar a los papás para entregarles nuestras notas—. En ese mismo recorrido trataba de explicarme por qué era tan distraído.

Comenzaba a pensar en voz alta, cuando dejé de ver las manchas negras del follaje en el suelo y sentí el sol pegándome fuerte en la cabeza. «¿Qué

raro?»», dije, y levanté la vista. Había llegado a una parte en la que el cielo se abría de repente en el bosque. Jamás había visto un claro en este lugar, por lo que pensé tres cosas: una, que estaba más lejos de mi casa de lo que nunca había estado; dos, que estaba perdido; y tres, que mi abuela me había dicho que el primer paso para saber que uno está explorando es sentirse perdido. Por lo tanto, estaba explorando.

Decidí seguir haciéndolo. Para eso necesitaría la rama gruesa de un árbol. He leído en los libros de exploradores que ellos siempre llevan un bastón en la mano y pensé que uno de esos vendría a serme útil para apoyarme en las cuevas o para defenderme de algún animal salvaje. Seguí caminando y de repente vi algo enfrente de mí. Pronto supe que aquello no era un árbol. Estaba cubierto de enredaderas. Y en la parte superior, en lugar de un tronco y ramas, lo que se veía era piedra, gris y arrugada como la piel de un elefante. Pronto me di

cuenta de que era un muro y lo seguí con la vista a lo largo, hacia ambos lados. Se perdía a lo lejos entre los árboles.

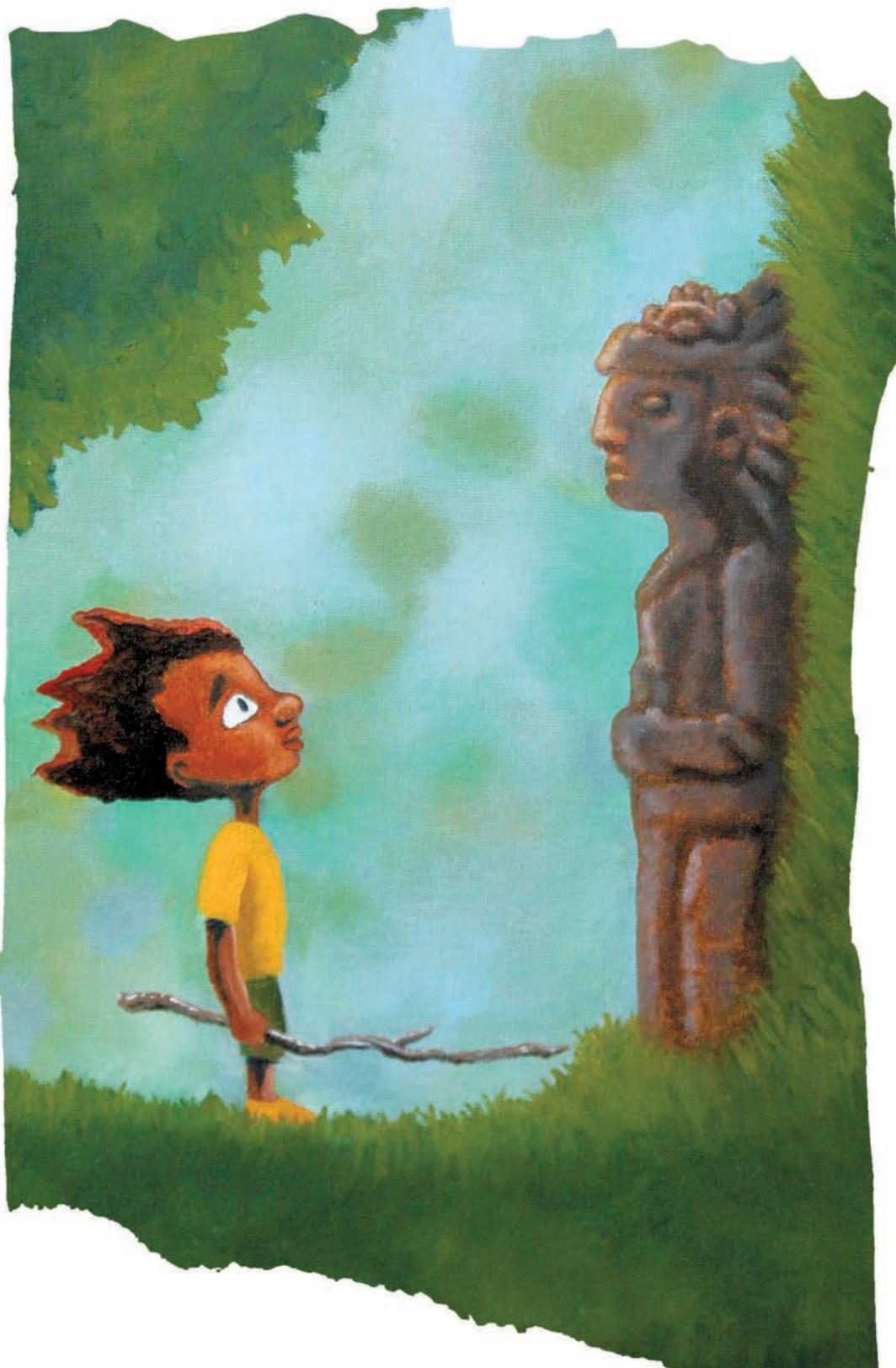
Me olvidé de la rama y caminé entre los troncos, siguiendo la pared, cuando me topé con él. Di un brinco del susto al encontrármelo frente a mí. Me oculté tras un árbol y me le quedé viendo.

Luego de unos segundos me asomé desde detrás del tronco para ver si se había movido, pero seguía allí. «Hola», le dije, pero no respondió. «¿Señor?», insistí, pero este seguía viendo hacia el mismo lugar. Me asomé al otro lado del árbol para buscar lo que él veía tan fijamente, pero no encontré nada que pudiera interesarle a alguien por demasiado tiempo. Entonces recordé haber visto alguna vez a mi mamá asomada por la ventana con la mirada hacia ninguna parte. Cuando le pregunté qué estaba viendo, me dijo: «Nada, hijo. Es solo que estoy nostálgica». Así pues, me acerqué un poquito y le

pregunté: «¿Usted está nostálgico?». No recibí respuesta. Comencé a asustarme y al mismo tiempo a enojarme por su mala educación. Pero pudo más mi curiosidad, así que tomé una piedra del suelo por si había necesidad de defenderme y volví a preguntarle mientras salía de detrás del tronco y caminaba despacito hacia él. ¡Cuál fue mi sorpresa cuando noté que aquel ser estaba hecho de piedra!

Todo él, sus manos, su cara, su cuerpo, todo era de la misma piedra de la pared que tenía detrás. Levanté del suelo una rama larga y delgada. Quería tocar su cara desde lejos. Pensé: «Bueno, si se está haciendo, ya no va a poder quedarse quieto cuando le meta el palo en la nariz». Sus fosas estaban tapadas. Incluso le dije «quiti quiti quiti» para molestarlo, pero no se movió. Sí, era de piedra.

Cuando ya estuve tranquilo, me dije: «Ellos tienen que ver esto».



II

Unos viejos amigos

Al decir *ellos* me refiero a mis amigos: cuatro inseparables, incluido yo. Y Batá. Ya les explico. Lo que pasa es que Batá se aparecía a veces de la nada y se iba sin avisar ni despedirse. No hablaba. De hecho, ninguno de nosotros sabía su verdadero nombre, y menos dónde vivía. Le pusimos Batá porque cuando estaba emocionado gritaba: «¡Batá!». Pero aquel niño tenía un talento que nadie se habría imaginado. Parecía tener la habilidad de comunicarse con los bebés, los loros, los gatos y los perros.

El mayor del grupo se llamaba Balam. Era un niño muy tranquilo. Se juntaba mucho con no-

sotros, pero también le gustaba pasar tiempo solo. Su lugar favorito era una piedra grande y resbaladiza que estaba a la orilla del mar, adonde nadie más podía subirse.

Se me olvidaba contarles que nuestro pueblo queda entre el bosque y la playa, por lo que hace mucho calor durante las tardes, después del almuerzo, y muchas personas ponen sus hamacas entre los



postes de los patios interiores o entre dos palmeras robustas. Incluso, hay personas mayores que van a la orilla del bosque, las cuelgan entre dos árboles, se acuestan y se quedan allí casi toda la tarde, recibiendo el fresco, dándose aire con sopladores que también usan para espantar a los insectos. Muchos de nuestros papás son agricultores o pescadores, y no hay casi nadie en el pueblo que no sepa nadar.

Luego estaba la hermana de Balam, Camilla, una niña muy estudiosa. La miraba en el recreo leyendo un libro de historia. A veces apostábamos canicas para ver quién acertaba a los cuántos minutos cambiaría de página. Su récord fue mirar una misma figura por media hora. No cabe duda de que su pasión era la historia. También adoraba los cachivaches de arte que tenían que ver con esa ciencia. Pero no se confundan. Era muy sociable y podía pasar horas contándonos las travesías de tal o cual personaje histórico. Nadie se animaba a decirlo,

pero todos creíamos que sabía más de historia, arte y geografía que los mismos maestros de la escuela. Sus compañeros contaban que a veces se quedaba viendo por la ventana y, cuando algún profesor o alguna profesora le decía: «A ver, Camila. ¿En qué fecha fue tal o cual acontecimiento?», mi amiga no solo respondía bien, sino que comentaba algún otro acontecimiento histórico que había pasado en esa fecha y dejaba a todo mundo con la boca abierta.

También estaba mi prima, Nanusu, o Nanú, que adoraba las mariposas y se comportaba como una. Nunca se estaba quieta. Antes me parecía raro que a Balam le agradara tanto su presencia, pero luego, cuando veía una flor quieta y una mariposa revoloteando alrededor, me daba cuenta de que era lógico que se llevaran bien. Nanú tenía una voz preciosa y a todo el mundo le gustaba mucho que cantara. Sobre todo a Batá, que parecía hipnotizado cuando Nanú comenzaba a entonar algo con la voz.

Y bueno, el último era yo. Me llamo Yuyú. Qué tal. Mucho gusto —así dice mi mamá que debo saludar—. Apenas soy un poco mayor que Batá. Tal vez por eso me tiene cierto cariño.

Todos estudiábamos en la misma escuela. Aunque estábamos en diferentes grados, nos juntábamos a la hora de recreo. Sí, los cuatro inseparables. Y Batá. Al principio solo nos hablábamos porque mi mamá llegaba a traernos a Nanú y a mí a la hora de la salida y se iba casi todo el camino platicando con la mamá de Balam y Camila.

Un día, Balam llevó un trompo y nos dijo que era mágico. Estaba pintado de franjas de colores, pero al girarlo se volvía blanco. Nanú y yo no podíamos creerlo. Estábamos convencidos de que nuestro compañero tenía el poder de cambiar los colores a voluntad. Nos parecía que si tronaba los dedos podía ponernos las caras verdes y el pelo anaranjado.

De inmediato Camila dijo: «No es mágico. Solo es la óptica, que juega con nuestro cerebro». Esa fue la primera vez que escuché semejante palabra: *óptica*.

Desde ese momento empezamos a buscar a Balam con el pretexto de que nos enseñara los nuevos trucos que aprendía con el trompo. Luego, nuestros papás nos compraron sendos trompos y comenzamos a juntarnos para competir. Aprendimos no solo a cambiarle el color al trompo, sino a desafiar la gravedad poniéndolo al revés sobre la palma de la mano con un giro de la muñeca, a hacerlo bailar en la cuerda floja y muchísimos trucos más. En uno de tantos recreos, yo llegué con un yoyo y los trucos cambiaron.

Cuando nos aburrimos de los juguetes, comenzamos a juntarnos para que Camila nos leyera historias. Después esto ya no fue suficiente y comenzamos a crear nuestras propias historias. Jugábamos



a que nosotros éramos cualquier cosa que se nos ocurriera: animales, piratas, héroes, lo que fuera. Nos convertimos en un grupo bastante raro a los ojos de los demás. Los otros compañeros preferían juntarse con los de su mismo grado a jugar canicas o fútbol. Tampoco era que no nos gustaran las mismas cosas que a los demás. Nuestros partidos eran muy alegres. Yo estaba en sexto y recuerdo que me gustaba decir que tenía una prima en primero básico, una amiga en segundo y un amigo, el hermano de esta, en tercero.

Un día, como de la nada, se apareció Batá. Al principio, los otros no querían que se juntara con nosotros. Dijeron que estaba loco y que olía mal, pero luego yo les recordé que a Camila le gustaba que su mamá le mandara panes con huevo y mayonesa —sí, de esos que olían a descarga flatulenta—, que a Balam se le había salido una ventosidad en una exposición y que, si le iban a decir a Batá el

niño loco, a Camila había que decirle *hedionda* y a Balam *pedorro*. Se me quedaron viendo con los ojos redondos como platos. No quise decir que Nanú vive jalando mocos porque luego le cuenta a mi tía, mi tía le cuenta a mi mamá y mi mamá me castiga. En fin, tuvieron que dejarlo juntarse con nosotros.

Ese día estábamos jugando a los piratas y yo quería refugiarme detrás de una piedra, como he visto que hacen en las películas. Pero en el patio de la escuela no había ninguna, así que pensé que Batá haría una magnífica piedra. Y lo hizo. No se movió ni un poquito en todo el recreo.

Mientras iba corriendo a contarles a los demás de mi descubrimiento, pensé: «Ahora vamos a tener quien haga mejor de piedra que Batá».

Primero volé a casa de Balam y Camila y luego a la mía para pasar trayendo a Nanú. Como siempre, Batá apareció de la nada, seguido de un perrito que movía la cola. Cuando nos dimos cuen-

ta, ya venían los dos con nosotros. Nos internamos en el bosque y caminamos y caminamos y caminamos hasta que mis amigos empezaron a desesperarse. No me había dado cuenta de cuánto había andado en el bosque, pensando mucho en la ida y emocionado en la vuelta, cuando Balam empezó a quejarse. «¿Seguro que no te lo imaginaste?», me dijo. Yo le saqué la lengua. Al principio no le dieron mucha importancia al comentario, pero luego empezaron a dudar, por el cansancio y porque ya casi era mediodía. Cuando al fin llegamos se quedaron con la misma cara que hicieron el día que me les planté por la exclusión de Batá. Volteé a verlos y les dije: «¿Ya vieron que no les estaba diciendo mentiras?». El hombre de piedra se veía tan real que Camila hizo lo mismo que yo con la rama. «¿Verdad que parece que se fuera a mover?», le dije.

Nanú se acercó e hizo algo que, pensándolo bien, yo mismo no había hecho la primera vez. Así

es. Lo tocó. Yo seguí su ejemplo: toqué los relieves de alguno de los símbolos que lo cubrían por completo. Había figuras que parecían monos, caras humanas, jaguares, serpientes, pájaros y soles. No me había dado cuenta de lo lindo que era el adorno que llevaba encima. Tenía pulseras y una corona alta.

—¿Alguien más sabe de esto? —preguntó Camila.

—No creo —dije.

—Bueno, hay que mantener el secreto.

—¿Por qué?

—Porque, si lo contamos a cualquiera, esa persona podría contárselo a otra y puede que así llegue a oídos del alcalde mismo.

Buen punto. El temor de que pudiese llegar a oídos del alcalde se me hizo bastante razonable. Antes de ser alcalde parecía un tipo bonachón y gordito, pero luego se fue pareciendo más a una papa gigante con pelo y esmoquin. A veces tenía buenas

intenciones, pero, según mis papás, tomaba malas decisiones. Como la vez que intentó cambiar el curso del río para que tuviéramos un lago artificial y lo único que logró fue inundar algunas avenidas por una semana. O cuando trató de que en el pueblo se batiera el récord de salto de avioncito, pero, como solo en la carretera se podía dibujar un avión lo suficientemente grande, paró el tráfico en ese tramo durante varias horas, todo esto para que al final no alcanzara la tiza para dibujar en el suelo. Pero eso no es lo peor. Una vez intentó cambiar los drenajes sin coordinar bien con la empresa encargada. Resultado: se abrieron zanjas que hicieron que todo el pueblo oliera a desagüe.

—Tienes razón. A lo mejor intenta pasar a nuestro amigo a la entrada del pueblo para adornar la rotonda —dije.

Habría sido desastroso verlo allí, saludando sin recibir respuesta, viendo pasar las camione-

tas extraurbanas y los camiones que llevaban carga del puerto al resto del país, apartado y solitario, recibiendo las miradas fugaces de los conductores que, desde una ventanita cuadrada y zumbando sobre el asfalto, se preguntaban: «¿Qué será esa piedrota sin color?». Se me habría partido el corazón. Si hasta sentí el impulso de pegar mi cabeza contra la piedra.

Acababa de conocerlo y algo me impulsaba a sentir cariño por él. No iba a dejar que nada malo le pasara.

Nanusu sintió el impulso de pintarlo.

—No, Nanú. Es antiguo y hay que dejarlo como está —dijo Camila—. Aunque podríamos dibujarlo y pintar sobre el dibujo. ¿Quieres que te lo dibuje?

Nanú se le quedó viendo y sonrió. Luego me vio a mí. Todos cruzamos miradas y nos dijimos telepáticamente: «Vamos a mantener el secreto de

nuestro nuevo lugar de juego y de nuestro amigo de
piedra».



Lo que se viene

Acordamos juntarnos al día siguiente. Nadie pasaría por nadie. Nos reuniríamos de una vez enfrente del hombre de piedra.

Yo confeccioné una capa con un trozo de tela vieja. Camila llevó un cuaderno de dibujo, varios lápices, hojas y el libro de su abuela. Nanú hizo una corona de flores e intentó lanzarla desde el suelo varias veces hasta que, mal puesta, quedó en la cabeza de piedra de nuestro amigo. Balam recolectó ramas que pudiéramos usar como espadas. Después trepó con ayuda nuestra a la cabeza de la estatua y trató de componerle la corona, que tuvo

que convertirse en diadema para que le quedara y se pareciera así a un antiguo rey que juzgaría nuestros duelos de esgrima. Así pasamos los días de la primera semana, dibujando las expresiones imaginarias que habría tenido el hombre de piedra si hubiera podido moverse, jugando con él, poniéndole nombres e inventándole historias. Hasta se me había olvidado que la semana siguiente entregaban las calificaciones.

El viernes se me olvidó todavía más cuando vi que Camila estaba llorando frente a Kukul —así lo habíamos nombrado el día anterior—. Estaba sentada con las piernas extendidas y lo miraba directo a la cara. Siempre me ha costado acercarme a cualquier persona cuando está llorando. Cuando yo me siento mal, a veces me gusta que me abracen y a veces que me dejen solo, de manera que ella podía querer cualquiera de las dos. Camila sabía que este era nuestro punto de reunión. Recordé que



había llegado a aquel lugar caminando la primera vez para estar solo, y ese podía ser el caso de Camila. Finalmente pensé: «Bueno, quiere estar alejada de su familia, pero no de sus amigos». Así que me acerqué despacito.

—Hola, Camila. ¿Quieres que te acompañe o que te deje solita?

Se volteó y se limpió las lágrimas y los mocos con la manga.

—Ven. Siéntate —me respondió señalando con la mano un lugar junto a ella.

Me senté y le pregunté por qué estaba triste.

No respondió nada. Yo hasta había pensado consolarla diciéndole: «Tú sabes que cualquier cosa que pase no puede ser peor que mis calificaciones». Ese fue el momento en que volví a recordar mi problema.

Camila no quiso explicarme qué le pasaba. Solo me dijo que no iba a decir nada hasta que lle-

garan los demás. Sabía que tenían que llegar, como todos los días anteriores.

Nos quedamos callados viéndonos las caras. Ahora que lo recuerdo, no me explico cómo no nos pusimos los demás a llorar también.

Una vez que estuvimos reunidos nos contó todo. Un tío suyo había llegado del *Norte* aquella semana. Caía muy bien y llevaba regalos para toda la familia. Se llamaba Juan, pero quería que todos le dijeran *Yón*. El día anterior había oído a su tío hablar con su papá de una posibilidad de trabajo. Su papá se había puesto contento al principio. No obstante, conforme el tío le fue contando sobre el trabajo y el papá le hacía preguntas, este se fue incomodando poco a poco hasta que terminaron peleando.

El tío de Camila quería contratarlos a él y a otros adultos como leñadores. La primera pregunta que el papá de Camila le hizo a su hermano fue: «¿Por qué necesitas contratar a tanta gente para ha-

cer leña?»». La respuesta del tío fue que no era para hacer leña nada más. Quería talar el bosque para fabricar muebles y construir casas de madera. Cuando terminaran de talar, utilizarían el terreno para construir un condominio y un centro comercial. Decía que la gente de la cabecera estaría encantada de comprar una casita cerca del mar, aunque el pueblo quedara un poco lejos, porque preferían tener casa propia que alquilar. Además, todos estaban comprando carros y podían llegar en 15 minutos a sus trabajos. También dijo que el centro comercial traería gente de los municipios cercanos y que entonces habría que construir una carretera, para lo cual habría que utilizar la piedra de la montaña que estaba al otro lado del bosque.

¡Nuestra montaña! Nos dimos cuenta de que el tío de Camila también sabía de la montaña y que pensaba usarla para hacer piedrín. El papá de Camila no solo se negó, sino que le dijo que no

le parecía buena idea. Entonces su hermano le respondió que era un salvaje, que le gustaba vivir en el monte, perdido de todo, y que estaba en contra del progreso. Fue entonces cuando terminaron discutiendo.

No sabíamos qué hacer. Una especie de cansancio nos llenó el cuerpo. Era por la tristeza: no podía ser otra cosa. Pasamos casi toda la mañana sin hablar y sin jugar como los otros días. Al mediodía sacamos nuestros almuerzos y creo que la comida nos calmó un poco nuestro pesar.

El primero en hablar al respecto fue Balam: «Necesitamos que un adulto nos ayude». Volteamos a vernos a las caras y acordamos decirle nuestro secreto a una persona mayor. No tuvimos que decir muchos nombres.

Primero pensamos en los papás de Camila, pero normalmente se mantienen muy ocupados con su siembra. Nuestra cuarta o quinta idea —no me

acuerdo muy bien— fue la abuela de Nanú, que es mi abuela también.

Desde que nos juntábamos más seguido íbamos a jugar un fin de semana a la casa de cada uno, pero de alguna manera un adulto siempre se las arreglaba para molestarnos, menos la Iya. Al principio le decíamos *doña Iya*, pero a los pocos días de ir Nanú nos contagió a todos su forma de llamarla simplemente Iya y a ella no le molestó. Sé que le gustó que le dijéramos *la Iya*. Su cara se inundaba de alegría cuando la llamábamos así. Balam le preguntó que si no se ofendía, y ella le dijo que era como si tuviera cuatro nietos en lugar de dos.

Nos gustaba ir a jugar a su casa porque nunca nos decía que nos pusiéramos suéter y, por contradictorio que suene, siempre nos cuidaba. Se estaba sentadita en su sillón de mimbre que tiene en el patio, con una cajita de plástico sobre un banquito, llena de curitas, algodón, alcohol, Merthiolate

y otras cosas por si alguien se lastimaba. Casi no nos miraba. Se mantenía remendando más de alguna prenda de ropa. Era una costurera muy buena y siempre había alguien del pueblo que llegaba a pedirle un remiendo, un ruedo o cosas similares. Eso nos encantaba de ella: nos cuidaba en silencio y no se entrometía. De vez en cuando nos preparaba algo rico de comer o nos daba refresco en los días de calor. Además, se estaba horas con nosotros oyéndonos cuando llegábamos a contarle algo, no como los otros adultos, que nada más fingían escucharnos.

Pero creo que me estoy desviando un poco de la historia. Lo siento. La cuestión es que decidimos rápido. Como ya sabíamos que no teníamos ganas de jugar ese día por la preocupación y la tristeza, nos fuimos a la casa de la Iya.

La abuela ya sabía de la situación del bosque y la montaña. En la mañana había habido una reunión de representantes de todas las familias del



pueblo en el salón de la municipalidad. La Iya estaba enojada porque la reunión, más que para consultar sobre el destino del bosque, fue para avisarles a los pobladores que el trato entre el alcalde y el tío de Camila ya estaba hecho y que varios vecinos estaban de acuerdo porque iba a haber trabajo para ellos. Lo que no le habíamos contado a la Iya era lo de Kukul, así que le platicamos de él. «¿Kukul?», preguntó curiosa. Luego juntó sus dos manitas como de perica frente a su corazón y dijo: «¡Lo encontramos!». Volvimos a quedarnos mudos, pero ahora no de la tristeza, sino de la sorpresa.

La Iya nos hizo pasar a su comedor, donde tiene un cuadro grande de su esposo, el abuelito de Nanusu, que ya falleció. El caso es que sacó de un mueble otra foto en blanco y negro en la que se veía al abuelo de Nanú con un pañuelo amarrado en la cabeza junto al hombre de piedra. Nos explicó que el hombre de piedra era un ancestro, que la piedra

de la que estaba hecho y la montaña eran sagrados y que su esposo fue guardián y *aj'kijl* de ese lugar. Mi mamá me había contado algo al respecto. Ella decía que la gente había dejado de lado sus costumbres y había olvidado los lugares sagrados. También solía decir que los tiempos habían cambiado muy rápido y que las personas estaban influenciadas por cosas de fuera.

En ese momento nos alegramos de haberse lo contado a la Iya. Sabíamos que nos ayudaría a pesar de todo, ya que le tenía un cariño igual de especial a nuestro amigo.

Aquella emoción tan fuerte se pausó un poco cuando, por algo que dijo la Iya, vi cómo a todos les cambió el semblante. De inmediato nos hizo sentarnos en la mesa del comedor y se puso a la par de Balam. «Hay algo que quiero contarles. Es algo muy serio, pero que no tiene por qué separarnos.

1 Término de origen maya que significa 'contador de días'.



Entre los vecinos que están a favor de talar el bosque y de la construcción de la carretera y los condominios está el papá de Balam», dijo la Iya, y luego puso su manita arrugada en el hombro de nuestro amigo. «¿Mi papá? ¿Estás segura? ¿Por qué?», dijo Balam sorprendido.

—Óiganme bien. No es que el tío de Camila y tu papá —le dijo la Iya viéndolo a los ojos— sean malos o inconscientes. Simplemente piensan que así van a traer trabajo y *progreso* al pueblo. Ellos no tienen malas intenciones ni quieren hacer daño. Seguramente pensaron mucho tiempo en lo que tendrían que sacrificar para que sus hijos y ellos tengan una vida que consideran mejor.

Se notaba que Balam estaba triste. La Iya siguió hablando.

—Hay otra cosa que no les había contado. Él —dijo señalando a Balam— y Camila son hermanos solamente de mamá. Balam vive con la fa-

milia de su mamá y por ratos se va a la casa de su papá, donde tiene una hermanita menor, que acaba de nacer.

Después de un rato de hablar de otras cosas, como para evitar el tema, nos levantamos de la mesa y nos fuimos. Antes de salir, Balam se puso enfrente de todos y dijo con un gesto muy serio para ser él: «Voy a hablar con mi papá».

IV

La óptica con que se ven las cosas

A veces imagino lo que habría pasado si no hubiéramos acudido a la Iya. Seguramente cuando yo fuera viejito habría llevado a mis nietos a la montaña y les habría dicho: «Allí donde ven el pantano estaba mi casa. Todavía se miran los techos del pueblo. Miren». Habría señalado con mis dedos arrugados el techo de la que fue mi casa, de la cual probablemente solo quedarían escombros sumergidos en el agua pantanosa. Estoy casi seguro de que eso habría pasado si, por ejemplo, les hubiéramos dicho a los papás de cualquiera de nosotros lo que teníamos pensado hacer.

Primero, nos habrían regañado y luego castigado. Ya encerrados, solo habríamos tenido que esperar a que nos contaran que la montaña se estaba cayendo sobre las casas poquito a poco y que teníamos que irnos del pueblo, o bien que el lodazal avanzaba y que el bosque se estaba volviendo cada vez más agua que tierra. Pero no. La Iya, en cambio, nos mostró un libro de óptica. Fue Camila quien lo tomó y se puso a leerlo en voz alta y a explicarnos.

En el libro había varios ejemplos de ilusiones ópticas, algunos bastante divertidos y otros que realmente daban dolor de cabeza. Balam, que hasta entonces había estado algo pensativo, dijo: «¡Eso es justo lo que buscamos!».

Salimos todos muy contentos de la casa de la Iya, que no solo nos había dado la idea para un plan, sino que iba a ayudarnos a ejecutarlo.

Al día siguiente nos reunimos muy temprano. La Iya nos dio una taza de chocolate a cada uno

y luego nos presentó a Esteban. Él era mucho más grande que nosotros. Ya empezaba a salirle bigote. Llegó con unas brochas y un par de cubetas de pintura medio vacías y nos preguntó si alguno de nosotros sabía dibujar. Todos señalamos a Camila al mismo tiempo. Entonces, la Iya sacó un pliego largo largo de papel y lo puso sobre toda la mesa del comedor. El papel tenía una cuadrícula a medio dibujar. La Iya puso encima un papel calco, también con cuadritos, con la foto del hombre de piedra; en la fotografía se veía al esposo de la Iya de pie junto a él. Cada cuadrito tenía un número. Así fue mucho más fácil dibujarlo para Camila. Esteban ayudó con el trazo de las líneas y entre todos ayudamos a pintarlo. Cuando tuvimos el cartel terminado, la Iya buscó la página del libro en la que se hablaba de la *cámara oscura*.

Así funciona una cámara oscura. Debe ser un lugar en el que, como dice su nombre, entre la

menor cantidad posible de luz. En una de las paredes se abre un agujerito redondo, como la pupila de un ojo. Por ese agujerito se deja entrar un rayo de luz del exterior, el cual hace que se proyecte una imagen de lo que hay afuera en la pared contraria.

No nos tardamos mucho en encontrar el lugar ideal para fabricar nuestra cámara oscura. En el salón municipal proyectaban películas a veces, así que era evidente cuál sería el lugar. Cada vez que proyectaban algo en el salón, se cerraban muy bien todas las ventanas con láminas lisas que colocaban en la parte de afuera. Por tanto, lo único que necesitamos fue abrir un agujerito en una de las láminas y poner el dibujo del hombre de piedra al revés, porque, para que funcione una cámara oscura, lo que se proyecta debe ponerse así.

Ese fin de semana iban a proyectar un documental para que toda la gente del pueblo se convenciera de que era bueno talar el bosque. Sin em-

bargo, al apagar las luces, la figura gigantesca que se proyectó a un lado de la sala fue la de nuestro amigo. Todos quedaron espantados y se preguntaron qué significaría. A continuación, Esteban tapó el agujerito con plastilina gris y nadie pudo notar de dónde había salido la imagen.

Una vez lista la primera parte, ya teníamos la atención de todo el pueblo.

Proyectaron la película, pero desde afuera se escuchaba el murmullo de todos, que comentaban la aparición. Ni lentos ni perezosos, montamos una manta que habíamos hecho en la casa de la Iya que decía: «No talen el bosque».

Al principio no sabíamos si ayudar con la manta, ya que nuestra letra nunca había sido muy buena, pero la Iya dijo que era mejor, que así se asustarían al ver las letras chorreadas.

A nosotros nos daba pena porque ya no éramos unos niñitos.



El asunto es que, ya elaborada la manta, la amarramos entre dos árboles del parque y nos fuimos rapidito al otro lado para ver la reacción de la gente. Cuando salieron, se formó una rueda y todos se pusieron a leer nuestro cartel. Brincábamos de contentos, sentíamos que ya todo estaba solucionado, pero en ese rato vimos al alcalde y a Yon entre la gente. Se veían muy enojados y señalaron la manta a los jardineros de la municipalidad, quienes de inmediato sacaron sus escaleras, se pusieron a desatar los nudos y la bajaron.

—No se preocupen —nos dijo la Iya—. Lo importante es que todo el pueblo la vio y que ahora el mensaje se va a quedar en sus cabezas.

Ella había estado presente durante la proyección de la película, por lo que nos asustó que se apareciera detrás de nosotros, que estábamos del otro lado del parque. Nadie se animó a preguntarle, pero yo sé que todos queríamos averiguar cómo

alguien que camina tan despacito había recorrido todo ese espacio en tan poquito tiempo. Nos alegramos de verla. «Voy a ir a las próximas reuniones y les cuento», dijo antes de seguir su camino.

Al día siguiente nos juntamos otra vez frente a nuestro amigo de piedra. Fue extraño. Fui el primero en llegar, y mi primer impulso fue abrazarlo. Sí, a Kukul. Luego llegó Camila, quien antes de saludarme también lo abrazó y le dijo: «Hola, Kukul». Y así cada uno fue saludándolo con un abrazo sin habernos puesto de acuerdo. Era extraño porque hasta los más grandes lo abrazamos.

Jugamos toda la mañana con él y después del almuerzo quedamos de ir a la casa de la Iya. Yo tenía tanta curiosidad por saber qué se decía en el pueblo acerca de nuestra cámara oscura, pero estaba olvidando algo muy importante: ese día entregaban notas. Al principio pensé que mis papás iban a castigarme, pero no. Solo habló mi papá conmigo

mientras mi mamá me miraba desde atrás con la cara muy triste y parecía que iba a llorar. Cómo me dolió verla así. Cuando me habló, apenas abrió la boca, la interrumpí. No pude aguantarme las lágrimas y le pedí perdón. Le dije que entendía en qué había fallado y que estaba muy enojado conmigo mismo. También le prometí que iba a cumplir con lo que me pidieran para compensar mi error.

Me dijeron que mejor me preparara para las recuperaciones y me encerraron en mi cuarto para estudiar. Pero ¿qué iba a poder concentrarme si mi mente estaba en lo que pasaba en la casa de la Iya?

Después de un rato de estar inquieto, por fin me dije que no había nada que pudiera hacer, así que tomé el libro de la materia que había perdido y me fui a la mesita que tengo junto a mi cama. Decía con letras grandotas *Ciencias naturales*. Tengo que confesar que lo abrí sin ganas, cayera donde cayera. Mi sorpresa fue ver un dibujo extrañamente fami-

liar. Era un pueblo, luego un bosque y después una montaña con árboles. En el título decía: «El ciclo del agua». Me puse a leer y descubrí que, sin árboles y sin montañas, los ríos que corren bajo la tierra y los manantiales, de donde sacamos el agua para beber y bañarnos, corren el riesgo de secarse. Bueno, en realidad no es un riesgo, sino un hecho: se secan sin más ni más. Me pregunté si alguien más sabía esto. O sea, si es tan obvio que necesitamos árboles, ¿por qué Yon quería talar nuestro bosque? ¿Acaso no había estudiado la primaria? Conforme fui pasando las páginas me fui asustando más y más. En otro dibujo había una nube negra de la cual se precipitaba una lluvia sobre una montaña pelona. Y en el dibujo de abajo, la montaña enterraba al pueblo. Cerré el libro y me quedé pensando en lo importante que era lo que estábamos haciendo.

Luego me di cuenta de que había olvidado señalar la página. Volví a abrir el libro, pero ahora

casi hasta el final. Allí había un experimento en el que se pintaba un disco de colores, se le pegaba una tachuela en el centro para sostenerlo en un palito y se ponía blanco al girarlo. «¡Igual que el trompo de Balam!», grité emocionado. Arriba decía con letras grandotas: «Ilusión óptica». «¿Qué tanto tiene que ver el ciclo del agua con la óptica?», me pregunté.

Como siempre, la curiosidad pudo más y me puse a leer y a leer toda la tarde hasta que anocheció. Al parecer, todo esto de las ciencias naturales abarcaba un mundo entero. No, un universo entero. Era algo que me llamaba a explorar más y más. Luego de leer todas las páginas sobre el ciclo del agua y la óptica, entendí cómo estaban relacionadas. Me dispuse a averiguar cómo habían ido a parar al mismo libro, así que volví a las primeras páginas.

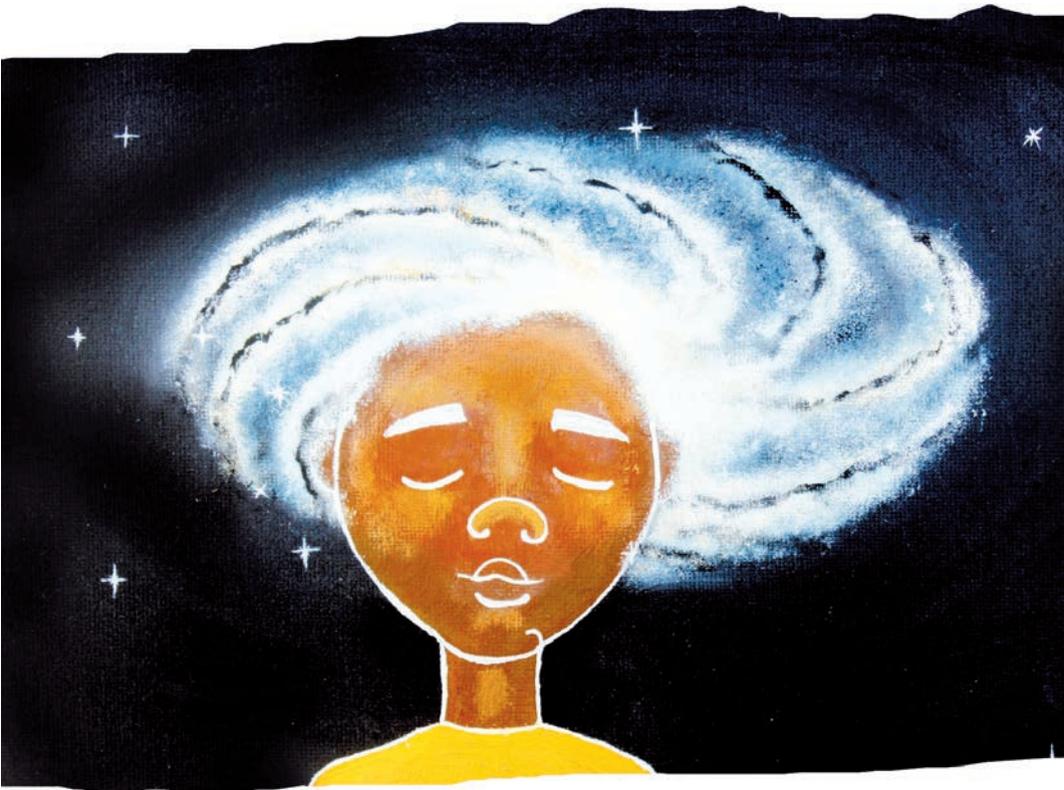
Ya me había cansado de estar sentado y probé otras posiciones y lugares para leer. Al final

de la tarde estaba boca arriba sobre mi cama. Tenía el libro encima y estaba viendo los primeros dibujos, unos de estrellas y planetas, cuando me quedé dormido. Empecé a soñar. Estaba en el pueblo. Era de noche y yo iba manejando un carro con las luces encendidas. En el asiento de atrás oía las voces de mis papás diciéndome qué hacer, pero yo era el conductor y no les hacía caso. Iba muy rápido, cuando entonces recordé que no sabía manejar. Luego vi a mi alrededor y me di cuenta de que el carro era de aire, de que no había carro y de que íbamos flotando en la oscuridad sobre una luz extraña. Entonces, las voces de mis papás se callaron y llegué al parque central. La luz seguía allí. Me di cuenta de que estaba soñando. Pensé que si quería podía volar, así que lo hice. Comencé a flotar.

Vi el pueblo bajo mis pies. En eso perdí el control y llegué al cielo, como un globo de helio. Las casitas se veían cada vez más pequeñas allá abajo.

Vi nubes que se alejaban bajo mis pies y, luego, toda la Tierra como un círculo oscuro.

De detrás de la Tierra salió el Sol, pero, mientras se alejaba, fue haciéndose pequeño pequeño, como un punto brillante entre las estrellas que me rodeaban. En ese ratito me asusté y comencé a decir: «Quiero regresar, quiero regresar, quiero regresar quiero regresar quierorregresar quierorregresarquierorregresar».



Y poco a poco sentí que caía en mi cama. Vi mis pies. Mis manos cayeron poco a poco sobre mi pecho y, cuando desperté, allí estaban, con el cuaderno debajo de ellas.

Entonces lo supe. Acababa de hacer un gran descubrimiento. Había descubierto el vértigo. Primero pensé que era el miedo a caerme desde lo alto, pero eso no era del todo cierto. Ahora sé qué es lo que se siente cuando uno se da cuenta de lo pequeño que es y de que, mientras más puede ver uno, más pequeño se siente y más vértigo va a experimentar.

Ya había amanecido cuando me desperté por segunda vez. Fue entonces cuando tomé la decisión más grande y arriesgada de mi vida. Tenía que salir de la casa sin permiso y salvar el bosque.

V

La ilusión de que las cosas se mueven

Tomé un morral viejo que mi papá tenía clavado en la pared y lo sacudí contra un poste afuera de mi cuarto para quitarle el polvo. Era justo del tamaño del libro, así que metí este allí y le hice un nudo al morral para no arrastrarlo. Ya preparado, me fui de la casa con un destino claro: la casa de la Iya. Entré en el comedor y allí estaban todos mis amigos. Se habían reunido para llevar al pueblo entero a ver al que ahora llamaban el *Prodigioso de la Montaña* gracias a lo que habíamos hecho dos días atrás.

Me preguntaron por qué no había llegado y les dije lo que estuve haciendo, pero me guardé

lo del sueño. Resulta que, la tarde anterior, la Iya había organizado ese paseo con la gente del pueblo, de manera que no me perdí de mucho. Tan pronto como una buena cantidad de vecinos estuviera reunida en el patio de la casa de la Iya agarraríamos camino adonde estaba Kukul, perdón, el Prodigioso de la Montaña. Cuando nos terminamos el chocolate y las galletas, salimos a decirle a la gente que nos siguiera. Yo estaba contando a las personas que habían llegado, cuando vi de frente las caras enojadísimas de mis papás. Inmediatamente se levantaron de su banca y comenzaron a caminar hacia mí. Ya iban a decir algo, cuando a tiempo sentí la mano de la Iya en mi hombro. «Él, Yuyú, descubrió al Prodigioso la semana pasada, y es por él que todos hemos recibido su mensaje». Mis papás se quedaron quietos, apretaron los labios, se vieron las caras y se rieron. Mi mamá me guiñó el ojo. Luego, ella y mi papá se unieron al grupo. Todos se formaron en fila

para caminar por las calles del pueblo y luego por el bosque.

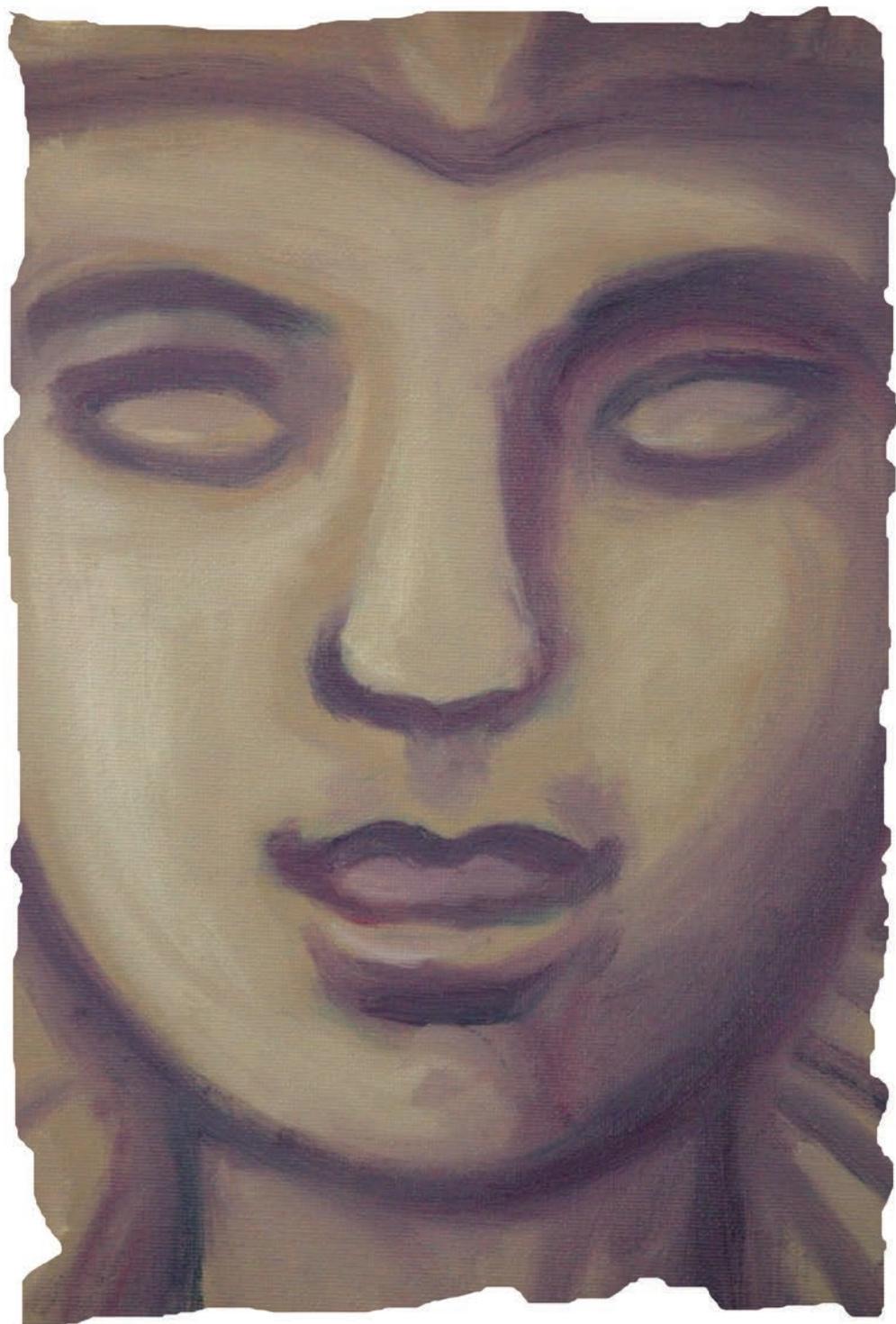
Al llegar al límite del pueblo, una cinta de plástico amarilla que decía «No pasar» rodeaba a todos los árboles de la orilla del bosque. Pasamos de todos modos. Yo podía oír que la gente murmuraba. Todos estaban completamente molestos. Luego de andar un rato llegamos finalmente al lugar.

Todos se espantaron y maravillaron de lo mucho que el hombre de piedra parecía estar vivo. Pasó algo de lo que nunca voy a dejar de reírme. Todos comenzaron a hacer sus conjeturas sobre Kukul.

—Es un ancestro —gritó alguien con una voz muy ronca.

—No, es un monolito —dijo una voz muy suave que se coló entre la multitud.

—Es San Antonio. Se ve claro que tiene la coronilla rasurada —regañó alguien más.



—¡Tranquilos! Nada más es una formación rara en la piedra de la montaña —agregó alguien con una voz de escéptico bien definida.

Entre discusiones de que si era esto o lo otro se fue la mañana hasta que entre todos acordaron nada más llamarlo el Prodigioso de la Montaña. ¡Qué nombrecito!, pero bueno. Ni modo. Si eso los motivaba a ayudar, perfecto. De repente, entre la gente resonó la voz de Yon con ese desagradable acento como de que se le había olvidado hablar español. Iba con dos policías a los que nadie del pueblo había visto nunca. Yon gritaba «¿Acasou no saberr que esto serr tierra de tala? ¡Irrse toudous de aquí! ¡Larrgou! ¡Larrgou!». Y luego los policías dijeron: «Hagan favor de acompañarnos, señores. Es por su seguridad».

La Iya, toda valiente, caminando lento y levantando un dedo de la mano que no sostenía su bastón, fue la primera en hablar. «No, señores. No

tienen ningún derecho a sacarnos del bosque comunitario». Luego se sentó en el suelo, ayudada por alguien más del pueblo. Acto seguido, uno por uno fuimos sentándonos todos, a pesar de la cara roja de enojo que puso Yon. Sin embargo, no se le veían los ojos porque siempre tenía lentes oscuros. «Ya van a verr. Yo rregresarr», dijo, y se fue con los dos policías que lo acompañaban.

Yon era más pequeño y gordo de lo que yo había imaginado.

Todos se quedaron hablando por alrededor de media hora. Luego regresamos al pueblo, que volvió a la normalidad de los sábados en la mañana. Nosotros cuatro habíamos acordado juntarnos en la casa de la Iya para pensar con tranquilidad qué hacer ahora que Yon tenía a la Policía de su lado. Antes de ir sentí la mano de mi papá que me jaló la camisa y se acuclilló a mi altura. «Te dejo ir porque lo que están haciendo es importante para

todos, pero hazme el favor de estudiar, ¿sí?». Yo le sonreí y le mostré el morral. Él vio el libro y me dijo: «Ese morral era de tu abuelo. Cuídalo, por favor». Después me dio un beso en la frente y me soltó.

Cuando volvimos a entrar, nos dimos cuenta de que la Iya tenía una cara triste. Se le notaba la preocupación. Después de darle una vuelta entera a la mesa de su comedor nos dijo:

—Si la Policía se mete, se nos acabaron las esperanzas.

—¿Por qué? —le preguntó Balam como si nos hubiera leído el pensamiento a los demás.

—Porque no importa que tengamos de nuestro lado a un poco más de la mitad del pueblo. Si la Policía está de parte de Yon, nuestros esfuerzos no van a significar mucho.

—¿Y por qué la otra mitad no nos apoya?

—Porque Yon les ofreció trabajos mejor pagados que los que desempeñan ahora. También les

dijo que vendrán nuevos comercios con todas esas cosas que venden en los grandes centros comerciales y que la gente que se mude traerá progreso y dinero.

—¿Piensa poner también tiendas? —dijo Balam con mucho asombro.

—Sí —contestó la Iya.

—¿Y la gente de aquí que tiene tiendas?

—Ya verán qué hacer. Tal vez se pongan a trabajar para las grandes tiendas y cierren las propias.

—¡Batá! —dijo Batá.

—Sí, Batá. Yo sé —le respondió la Iya cargada de tristeza.

De debajo de la mesa salió un perrito callejero que Batá había traído. Nuestro amigo no había dejado de acariciarle la cabeza. Muchas veces nos encontrábamos a Batá acariciando gatos o perros de la calle. No sé de dónde saqué el coraje para decir esto, pero somaté la mano en la mesa y les dije: «¡No

podemos rendirnos!»). Cuando voltearon a verme, asustados, me dio vergüenza lo que acababa de hacer y me puse rojo, pero seguí hablando. «Tenemos que salvar el bosque o todos vamos a quedarnos sin agua de los manantiales. El pueblo tiene que saber que el agua que tomamos viene de la montaña y que sin árboles no podrá llegar al suelo y a nuestras casas».

—¿Y qué más podemos hacer? —dijo la Iya.

—Tenemos que encontrar una manera de convencer al pueblo.

Nadie se había dado cuenta de que, mientras hablábamos de estas cosas, Camila había permanecido con la vista fija en un libro de ciencias sociales. De pronto habló y nos dijo:

—Defender el bosque es más importante de lo que creíamos.

—¿Cómo?

— Acérquense.

Tenía el libro abierto en una página que hablaba de los mayas. En ella había un hombre de piedra como Kukul, o el Prodigioso, y bien podrían ser hermanos. Eran pocas sus diferencias. El de la foto tenía más adornos: una corona alta de plumas y muchas joyas sobre el pecho, alrededor de la cintura y en las rodillas. Camila nos dijo: «Quien lo llamó monolito tenía razón. Y, según este libro, es del período Clásico maya». Volví a sentir ese cosquilleo en la panza, esa sensación de adrenalina y temor, el vértigo. No solo el ciclo del agua y la óptica estaban conectados. Ahora también había que agregar la historia.

Ese vértigo me hizo sentirme más motivado a luchar. Era una sensación intensa que me hacía concentrar todas mis fuerzas en un solo objetivo: que Yon no convirtiera el bosque en una ciudad de casas iguales una a la otra. En ese momento tuve una idea. «Ya sé. Vamos a pintar las casas de la al-

dea de tal manera que se lo atribuyan al Prodigioso». Al principio, mi idea les pareció una locura a mis amigos, pero luego saqué mi libro del morral y le pedí a la Iya que trajera el primero que nos había mostrado, el que nos había dado la idea de la cámara oscura.

Una vez juntos los puse a la par, como cuando me toca hacer tareas en las que hay que comparar dos textos, y finalmente llegué a un capítulo del libro de la Iya en el que había varias ilusiones que daban la impresión de que las cosas se movían. Una en especial me llamó la atención. Pensé implementarla en una calle no tan importante, la que topaba con la pared de atrás del salón municipal. Si pintábamos algunas cosas y pegábamos otras en carteles, esto podría tener éxito.

Por un momento dudamos, pero la Iya dijo que conocía a varias personas que vivían en esa calle dispuestas a hacer lo que fuera con tal de conser-

var el bosque. Acordamos ir a visitarlas una por una para que nos prestaran las paredes de sus casas.

También teníamos que juntar dinero para la pintura e ir a comprarla. Por ende, cada quien fue a preguntarles a sus papás si tenían algo que ya no quisieran y que pudiera serles de utilidad a otras personas.

Costó convencerlos de donar que una plancha, que una estufa, que una bicicleta, pero por salvar el pueblo y la montaña terminaron colaborando. Fue así como armamos una rifa entre todos los vecinos. Era muy poco lo que había que pagar por cada número. Vendimos muchos durante la semana y recolectamos suficiente para comprar la pintura.

Hicimos la rifa el viernes por la noche en el parque. El dueño del único café del pueblo nos prestó un altavoz y allí se reunió una buena cantidad de gente. La Iya estaba tan conmovida que preparó

chocolate para todos los que llegaron a sentarse en las bancas y en el suelo.

Ahora debíamos emprender dos cosas difíciles: convencer a los vecinos de que nos prestaran sus casas para pintarlas con formas muy locas e ir por la pintura.

El pueblo es muy pequeño y normalmente no se necesita mucho para pintar una casa, pero ahora necesitábamos mucha, muchísima pintura. La cabecera municipal queda del otro lado de la bahía y el viaje hacia allá es mucho más corto en lancha, así que parte del dinero tendría que servir para pagar el viaje y la comida en la cabecera. Para lograr hacer todo tuvimos que dividirnos en dos grupos: uno, para convencer a los dueños de las casas, integrado por Camila, Nanú y Esteban; y el otro, para comprar la pintura, formado por la Iya, Balam y yo. Luego se nos pegó Batá, que salió de la nada como siempre.

VI

Lo que siempre ha estado allí y no vemos

Salimos de nuestras casas de madrugada. El sol no había salido, pero estaba empezando a clarear en el pueblo. Nunca me había levantado tan temprano. Sin embargo, tuve que hacerlo. Me costó mucho: sentí que el despertador estaba como debajo del agua y que los ojos no se me querían abrir. Además, parecía que el aire se había puesto más frío que la noche anterior. Sentía que mi cuerpo pesaba el doble, como si debajo de mi cama hubiera estado un imán y yo me hubiese transformado en un ser de metal —esto también estaba en el libro de ciencias naturales: los elementos metálicos son atraídos por

el magnetismo, excepto los diamagnéticos, como el oro, la plata, el plomo y el bismuto—.

Cuando al fin logré despejarme, salí de mi cuarto, me puse un suéter y me di cuenta de que mi papá ya se había levantado. Estaba haciendo el desayuno para todos. Me paré frente a la ventana y vi cómo iba apareciendo el sol entre las montañas. Aquel disco fucsia se miraba completo gracias a las nubes, que protegían mi vista de los rayos solares.

Luego oí ruidos en el cuarto. Era mi mamá, que se levantaba. Dio los buenos días y llegó a sentarse junto a mí. Yo ya estaba por empezar a comer. Comenzamos a desayunar y me dijo: «¿Te gusta ver cómo se levanta el sol?». Yo le contesté: «No es el sol». Se me quedó viendo con extrañamiento mientras mi papá se estaba sentando. «Es un fantasma del sol. La atmósfera funciona como una lente, de modo que hace que la luz siga la curva de la Tierra y trae la luz del sol antes de que este haya salido».

Mi papá me revolvió el pelo y se rio. «No sé de dónde estés sacando tanta información, pero me gusta. Yo no sabía eso». Le devolví la sonrisa. Seguimos comiendo.

Salí de la casa y ahora sí que había salido el sol por completo. Llevaba mi morral más inflado que antes. Mi mamá me había envuelto un par de quesos blancos y grandes para compartir con la Iya y Balam, unas tortillas en un trapo para que no se mojaran y un termo de café con leche con su tacita enroscada como tapadera.

A esa hora, las sombras se miran largas sobre el camino de tierra. El aire fresco de la mañana te provoca algunos escalofríos. Lo mejor es que el color de los rayos del sol y su calorcito se sienten agradables cuando uno sale de las calles para transitar por las avenidas. A esa hora solo se oían nuestros pasos sobre el empedrado que cubre las calles. Nunca me había dado cuenta de que todo amanecía

tan mojado. Entonces pensé en el capítulo del libro que habla de la condensación del agua, que no es más que el cambio de esta de su estado gaseoso a uno líquido, como sucede por las mañanas cuando el vapor de agua en el ambiente se condensa y se transforma en rocío debido a un cambio súbito de temperatura. No dejé de pensar que era muy importante ver por uno mismo los fenómenos para entenderlos y apreciarlos mejor.

En los libros todo está muy bien descrito, pero ese día me acercaba, como si estuviera hipnotizado, a todas las hojas verdes para ver las gotitas redondas del rocío. También me gustó mucho haber hecho nubes de vapor con el aliento.

Tal vez si uno está acostumbrado a vivir en tierra fría no le parezca muy sorprendente, pero a mí me sorprendió. Mi mamá me miraba con extrañeza. No obstante, su mirada no era por nada malo. Creo que le gustaba mucho que yo supiera y

apreciara tanto algunas cosas que ella miraba como muy normales.

Cuando llegamos adonde se van a estacionar los lancheros, ya estaban allí esperándonos la Iya, toda envuelta en un poncho y sentada en una banca de madera, y Balam con su otra mamá, la mamá de su hermanito. La cara de la señora era un poco seria, como disgustada.

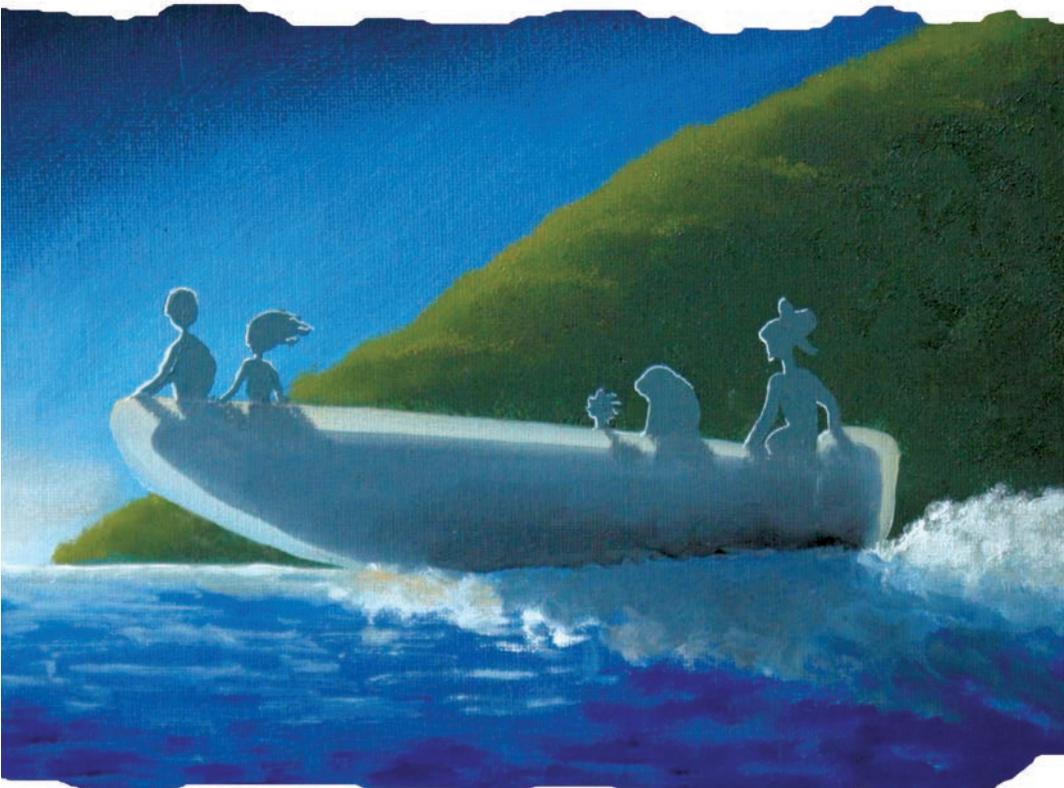
Mi mamá y yo nos acercamos para saludar. La señora nos dijo: «Solo quiero que sepa que yo no estoy de acuerdo con mi marido, pero no pienso que sea un hombre malo. Él hace lo que hace con las mejores intenciones para nosotros. Si pregunta alguien más, yo solo les di permiso a los niños de ir a conocer la cabecera y a comprarme estas cosas». Se sacó un papelito que le mostró a mi mamá. Era una lista de chucherías que no se consiguen en el pueblo, sino solo en el centro comercial. «Le di a Balam dinero extra, pero no regresen sin eso porque, si no,

mi marido no me va a creer», pidió. Mi mamá le dio el papelito a Balam, y él lo dobló y lo metió en su bolsón. Entonces, la madrastra de Balam le dio a este un beso en la frente y se despidió de nosotros. «Mucha suerte, niños. Y tengan cuidado», nos dijo. «¡Ahí se los encargo!», le gritó después al lancharo. O al mar. Quién sabe.

El lancharo era un pescador algo mayor y un muy buen amigo de la Iya. Cuando llegamos a la orilla del muelle la ayudó a subir y luego esperó a que nosotros nos montáramos en la lancha. No era una embarcación pequeña, como la de los pescadores que salen mucho más temprano para pescar calamares y peces distintos a los que salen a estas horas. Su lancha era de las más grandes y tenía un toldito rígido para protegernos del sol al mediodía. De pronto, desde detrás de una casa, sin que supiéramos muy bien cómo se había enterado, vino corriendo Batá. Iba más abrigado que de costumbre

y llevaba una mochila en la espalda. Gritaba (adivinen qué) «¡batá!, ¡batá!» para que no lo dejáramos. Esperamos a que se subiera.

Yo nunca me había subido a una de estas lanchas, solo a una como las de los pescadores. Pero la lancha a la que me había subido antes no tenía motor y no iba tan rápido. Era de mi abuelito, que la usaba para pescar. Esta era diferente. Tenía un



motor fuera de borda que la hacía viajar muy veloz y producía un sonido constante con su hélice en el agua.

Zarpamos. La duda sobre si conocía el mar o no estaba dándome que pensar. Hay cosas que están allí toda la vida, y puede que nunca nos hayamos detenido a pensar en cómo son, de qué están hechas, qué habita en lo más cercano a nosotros: detrás del azul evidente del agua, entre los bloques de las paredes, debajo del suelo o entre los follajes espesos. Desde que leía el libro de ciencias naturales me pasaba eso: pensaba mucho en todo aquello que siempre estuvo allí y a lo cual nunca le puse atención.

Ahora mi preocupación era que el mar estaba lleno de botes, frascos y otras cosas que hacían pum pim pum pim a cada poco en el casco de la lancha. Fui a contárselo al lancharo, pues no parecía muy enterado de ello. Me dijo que no me

preocupara, así que no me inquieté y me fui a la parte delantera mientras la Iya le rascaba la cabeza a Batá, quien se había acomodado en sus rodillas.

Balam y yo estuvimos viendo el paisaje un buen rato hasta que me lo dijo. «Hablé con mi papá y creo que él y Yon tienen razón». Sentí una tensión rara. Me le quedé viendo muy serio sin decirle nada. «De todos modos voy a comprar la pintura, porque la mayoría votamos por ese plan y porque tampoco quiero que se lleven a Kukul. Pero mi papá dice que puede hablar con Yon para que lo pongan en el parque y que podamos seguir jugando con él», concluyó.

Me quedé viendo a la orilla y pensando en el ruido de los botes chocando contra el casco. «No te entiendo», le dije, pero él me contestó algo que no esperaba: «Vas a ver cuando lleguemos. Ni siquiera voy a tener que explicártelo mucho».

VII

Las dos caras del progreso

Al otro lado de la montaña grande y verde se abría el puerto de la cabecera. Desde que uno llegaba se daba cuenta de que era como un pueblo grande, con cuadras, casas y edificios mucho más altos y anchos que los de los pueblitos. Yo tenía muchísimo tiempo de no ir y no me acordaba de nada de eso.

Mientras nos acercábamos empezaba a aumentar un olor desagradable. «¡Chish! ¡Guácala!», dijimos todos, y nos tapamos las narices. El lanche-ro se rio y nos dijo: «Es porque el drenaje no está hecho correctamente. Lo dejaron a muy poca profundidad. Por eso huele así todo el tiempo. Pero al

mediodía es peor. No quieren ni imaginárselo». Nos bajamos de la lancha y abordamos uno de los bicitaxis que esperaban a los visitantes. Son baratos y rápidos. Los tres disfrutamos mucho el paseo. Íbamos a darle al piloto las indicaciones para llegar a la tienda de pintura cuando Balam nos sugirió que primero pasáramos por las cosas que le había pedido su madrastra.

Le mostró la dirección en el papel de la lista al bicitaxista, y él nos llevó al centro comercial. No estaba ni tan cerca ni tan lejos del centro del pueblo. Tenía las paredes como de vidrio y era muy alto. Me gustó mucho ver cómo reflejaba el cielo. Entramos. La Iya dijo que iba a esperarnos en una de las banquetas y se quedó allí, esperando. Era temprano, pero los juegos ya estaban abiertos, también el supermercado y algunas tiendas de todo tipo de artículos. Primero pasamos por un puesto de dulces con tazones transparentes llenos de caramelos

rarísimos. Algunos tenían un polvito muy ácido. Esos fueron los primeros que probé. ¡Y me encantaron! Balam compró una bolsa grande de esos y otra de unos gusanitos, unas gomitas, unos chicles y otras cosas muy muy ricas que no se conseguían en el pueblo. «¿Verdad que están buenísimos?», dijo. «Ven. Vamos a ver lo demás», dijo después.

Bueno, qué les cuento. En una hora fuimos a comprar gaseosas, nachos, salsa para los nachos, juguetes y un montón de cosas más que no se conseguían en el pueblo, todo muy rico y muy barato. Luego fuimos a los juegos. Había videojuegos y juegos mecánicos de todo tipo. Era como una feria, pero permanente. Me sentí muy bien, pero era raro: todo aquello era justo el tipo de cosas contra las cuales luchábamos, pero no se sentía mal. Es más, seguramente, si Yon lograba llevar a cabo su proyecto, ni siquiera tendríamos que salir del pueblo para comprar pintura. Tuve una sensación muy fuerte y

desagradable. Una parte de mi corazón quería que perdiéramos, que llevaran un centro comercial al pueblo, que llegara mucha gente desconocida, que pusieran un cine como el que había allí. ¡Un cine! Me parecía algo tan maravilloso.

Tenía ese recuerdo, sobre todo ese, como enmarcado especialmente entre la nube de sucesos sin forma de cuando visitamos la cabecera con mi familia por primera vez. Le pedí a Balam que me mostrara dónde estaba la cartelera. «¿Para qué?», me preguntó, como si temiera que yo fuera a querer entrar a ver una película completa, cuando era obvio que no nos iba a dar tiempo. Cuando estuve allí, volví a tener esa sensación de felicidad. Incluso, el olor me transportó a la última vez que vi carteles como esos. Era genial estar frente a las películas que anunciaban en la televisión y tener las latas de gaseosas y las cosas de comer que anunciaban en las caricaturas y las series, pero en un solo lugar. Eso

era: la sensación de que todo lo que estaba del otro lado de la pantalla se hacía real, de que se podía tocar con la mano.

Al final, Balam me llevó a la parte más alta del centro comercial. Subimos por el elevador, algo que nunca había podido hacer y que siempre miraba en las películas.

En el quinto piso, que era el más alto, había una gran ventana con vidrio grueso que iba del piso al techo y daba al mar. Del otro lado había una más pequeña por la que solo entraba luz. Del lado del mar, antes de llegar al mercado del puerto, había muchas casas grandes y bonitas. Algunas —las más deslumbrantes— parecían estar escalando la montaña y estirarse a ver a las demás como jirafas. Todo se veía lindísimo desde allí. «Esto es lo que quieren Yon y mi papá para el pueblo. Te dije que no eran malos. Es solo que no han querido escucharlos», explicó Balam.



Me quedé callado y pensando mientras veía aquel lugar tan bonito, dinámico y moderno. Quizá estábamos aferrándonos demasiado a un capricho inútil. Pero luego, no sé por qué, sentí el impulso de ir al otro lado y asomarme por la ventana alta y pequeña de aquel lugar, destinada para la ventilación. Le pedí a Balam que me acompañara.

Por suerte, uno de los hombres de limpieza había dejado una escalera lo suficientemente alta como para que llegáramos a la abertura. «Ven. Acompáñame», le dije, y lo jalé del brazo para que me siguiera.

—No, es prohibido. Se supone que nadie debe ver por allí. Te puedes caer —replicó.

Yo lo observé extrañado.

—¿Y desde cuándo te ha dado miedo treparte a algún lugar? —le pregunté viéndolo a los ojos e intentando que terminara de seguirme.

—Sí, ¿verdad? A ver.

Entre los dos sacamos la escalera del rincón en el que la habían dejado y la pusimos bajo la ventana. Primero me subí yo. Me senté en el borde y vi hacia afuera. El espacio era lo suficientemente grande como para que nos sentáramos y hasta tenía un balcón. Una vez arriba, nos sentamos ya sintiéndonos seguros, con las manos en los barrotes del balcón y dejando caer las piernas al vacío. Desde allí se veía algo muy distinto: barrios muy pobres con las casas apuñuscadas una sobre otra, las calles principales con un tráfico y un mugido de bocinas espantoso, todo lleno de basura y ningún árbol a la vista.

Aquella era la cara oculta de la ciudad bonita que acabábamos de ver. Además, el río estaba a plena vista en esta parte de la ciudad y su vapor fétido llegaba hasta donde estábamos.

Desde aquella altura también veíamos el punto exacto en que se metía bajo la ciudad para

volver a salir en el puerto. En medio del tráfico había una ambulancia que parecía estar gritando, parada allí, como si fuera una ballena pidiendo auxilio. Sentí escalofríos y le dije a Balam la frase que más me ha costado decirle a alguien: «Balam, acabo de decidir que no voy a dejar que el pueblo se convierta en esto».

Iba a decirle que esperaba que siguiera siendo mi amigo o que me perdonara si eso lo ofendía, pero no sé de dónde me vino la fuerza para no decir nada más, a pesar de que las manos me sudaban, agarradas a los barrotes de hierro pintado de negro. «Yo tampoco», dijo Balam sin embargo, y sentí un gran alivio en mi corazón. «No es que piense que tu papá y Yon sean malos», dije antes de que un pequeño silencio apareciera.

—Sí, sí, te entiendo. No tienes que explicarme. Es solo que acabo de darme cuenta de que el precio de las cosas más bonitas, pero más



innecesarias, es muy muy alto —dijo Balam, y algo en sus ojos cambió de un segundo a otro.

De pronto advertimos algo raro en el suelo. Muchos metros bajo nuestros pies vimos salir a Batá del centro comercial. Perseguía a un perro callejero, como es su costumbre, pero no iba con la Iya. Lo primero que se nos ocurrió fue gritarle, pero no nos oyó. El tráfico y las bocinas que anunciaban ofertas de los negocios cercanos hicieron imposible que nos oyera.

VIII

Hamacas en Groenlandia

Nos giramos y bajamos la escalera lo más rápido que pudimos. Ya que estuvimos en el primer piso buscamos a la Iya, pero no estaba. Nuestro siguiente impulso fue ir detrás de Batá.

Corrimos por las calles desconocidas con el corazón palpitando a toda máquina. Llegamos a un grupo de ventas dispersas alrededor de un parque que tenía un quiosco. Entre la gente pudimos distinguir la playera rosada de Batá como si fuera una señal de tránsito. O más bien el espejismo de una señal de tránsito, pues mientras avanzábamos entre la gente parecía que estuviera allí, que era nada más

de estirar la mano y de tomarlo, pero, de alguna manera, justo en ese momento se movía un poquito más lejos. Así pasamos el parque hasta encontrarnos en medio de un montón de gente que hacía sus compras. Habíamos llegado al mero centro del mercado.

Perdí un poco la esperanza de encontrarlo. Digo, si en el pueblo, que es mucho más pequeño, me cuesta tanto encontrar a mi mamá cuando me distraigo un segundo y la pierdo, ¿cuáles eran nuestras posibilidades de encontrar a alguien en un lugar tan grande?

De pronto parecía surgir de una esquina u otra o se aparecía del otro lado de un puesto de verduras y frutas donde las vendedoras espantaban a las abejas mientras unos empleados del mercado descargaban un camioncito. Eso era lo peor: verlo allí nada más, al otro lado de cualquier venta, sin poder llegar a él, viéndolo correr entre las bolsas de

compras de quienes circulaban en aquel inmenso laberinto comercial.

Pasábamos entre pescaderías, carnicerías, ventas de ropa. Salía de aquí y entraba allá como si persiguiera gatos, palomas y perros, todos al mismo tiempo. «Eso explica un poco cómo puede aparecer de la nada», pensé. Llegamos sudando a una encrucijada donde olía a carne cruda. Tratamos de ver entre toda la gente, cuando sentí a Balam apretándome el hombro. «¡Por allí!», gritó. Yo lo seguí mientras trataba de no perder de vista el cabello revuelto de Batá. Salimos a una calle ancha. Al otro lado, un rótulo enorme decía «Condominio Vistalmar». Se veía que al rótulo le había caído mucha lluvia. Seguramente ya tenía algunos años.

Vi cómo el perrito al que perseguía Batá se metía por un agujero en la verja, a cierta distancia de la garita, donde unos guardias de seguridad les pedían su identificación a los residentes para dejar-

los entrar. El problema era que ahora también había perdido a Balam y tenía que volver a meterme entre el gentío antes de seguir. Por suerte lo vi salir de una calle paralela igual de perdido, igual de angustiado que yo. Nos quedamos viendo sin poder explicarnos muy bien en qué momento nos habíamos separado.

Acordamos atravesar la calle en una pasarela, pero no se veía una en todo lo que alcanzábamos a ver de aquella calzada. Tuvimos que tener mucho tiento para cruzar. Aun así, casi nos atropellan. Batá y ese perrito tuvieron mucha suerte.

Llegamos finalmente al otro lado de aquel río revuelto que era la carretera, con el tráfico rugiendo fuerte a nuestras espaldas. Pasamos a gachas por el agujero y vimos a Batá perderse tras una esquina. Luego ya no lo vimos más.

Corríamos guiados por el sonido. Seguramente a esa hora casi todos los residentes del condominio estaban ocupados, ya que no parecía haber

nadie en las cientos y cientos de casas que lo conformaban.

Lo oíamos por todos lados. «Por acá». «No, por acá». Así íbamos diciendo mientras tratábamos de rastrearlo hasta que nos dimos cuenta de que la uniformidad de las casas transportaba el sonido de sus pasos, gritos y susurros. «¡Batá! ¡Batá! ¡Batá!», gritábamos. Después de un rato de andar sin rumbo comenzamos a sentirnos mal, no solo por haber perdido a nuestro amigo, sino porque en todo aquel lugar no había ni un solo árbol. Nada. No había donde refugiarse del sol. Todo el condominio parecía sacado de una película, pero las casas eran más pequeñas de lo que se veían en la televisión. Era la caricatura de una película dentro de otra película.

No solo estábamos perdidos, sino que, cuando decidíamos caminar en línea recta, era como si las casas no se acabaran, como ir hacia arriba en una escalera eléctrica que desciende. Y lo peor: ni una

sola tienda, ni una sola venta de nada, ni un lugar reconocible. El adoquín aumentaba nuestra sensación de que no avanzábamos en ninguna dirección, aunque sí se sentía la curva ascendente, ya que el condominio quedaba en las faldas de una montaña. Caminamos al punto más alto para tener una mejor vista. Llegamos al extremo posterior, donde había un muro. De este sobresalía una pequeña panza de tierra. En la parte posterior de una de las últimas casas había unos botes, los cuales apilamos para subir de dos brincos al tejado rígido. Escalamos para localizar a Batá desde arriba, pero vimos algo más.

Aquella panza de tierra que sobresalía era un deslave de hacía no mucho tiempo. Lo supe porque no había crecido nada en la tierra y se veían marcas como de pequeños ríos. Ya se imaginan de dónde saqué esa información.

Observando detenidamente, uno notaba que las casas del fondo estaban abandonadas, la

pintura descascarada y los vidrios plagados de capas y capas de polvo. Era seguro que el deslave había avanzado despacio. Cuando talaron los árboles de la base de aquel monte, las raíces que sostienen la tierra desaparecieron y la humedad desplazó estas grandes cantidades de lodo. Me vino la idea de que seguía metido en una especie de fantasía cinematográfica, pero en una de esas partes que no se muestran en la película, sino en una oculta. Algo así como la bodega de cosas viejas y rotas, una especie de cuarto de cachivaches de la fantasía, y no en el lugar de los cielos perfectos, de las caras perfectas, de los vecindarios con cercas pintadas de blanco. Parecía que alguien había tratado de incrustar esa forma de vida tan distinta, tan rara, tan incompatible en estas condiciones específicas. Como una traducción de una película mal hecha. Se sentía que esos vecindarios, con carreteras y carros hechos para tierras planas y sin obstáculos, se habían caí-

do sobre nuestro territorio montañoso y boscoso. Y por si fuera poco, no habían podido sobrevivir a las condiciones que hay aquí. No creo que los condominios de las series de televisión se enfrenten, por ejemplo, a situaciones como la del deslave, que seguro había enterrado una buena parte del total de las casas. Era como ver el resultado de aquella imagen en la que un mono está intentando meter un cubo en un agujero circular. Todo mal incrustado dentro de otro espacio.

Sobre una casa, una de las menos feas de aquel mar de viviendas, había un santaclos desinflado y amarillento. Seguramente lo habían dejado allí desde la Navidad pasada. Entonces pensé en Yon, en el papá de Balam y en todos los que quieren trabajar en el proyecto de construcción como en santacloses. Sí, ahora mismo les explico.

Digamos que llegara un montón de santacloses a un pueblo como el nuestro, sin chimeneas,

y que en el afán de darles regalos a los niños empezaran a tratar de convencer a todo mundo de construir una. Sí, aquí donde en las noches más frías del año uno tiene que ponerse encima una sábana delgada, casi transparente. No sé si me entienden. Es como si una comunidad inuit en Groenlandia fuera obligada a poner una hamaca afuera de sus iglús y a tomar el sol en calzoncillos a sabiendas de que el clima no es apto para eso.

«¡Ahí está!», dijo Balam. Nos bajamos con cuidado y corrimos hacia la orilla del condominio, donde empezaban unas casitas de bloc, adobe y madera. Allí se veía a Batá escurriéndose por uno de los callejones.

Llegamos al lugar. Se sentía una diferencia muy fuerte entre un sitio y el otro. Finalmente, Batá había llegado a donde estaba el perrito encogido y con la cola entre las patas. Abrió su mochila, sacó un sándwich y le tiró al perrito solo el jamón y el

queso. Era el perrito más flaco que hubiéramos visto y estaba asustado. Se sentía amenazado por nosotros. Batá tenía los ojos rojos. Lo tomamos de la mano y empezamos a caminar colina abajo. Nos dimos cuenta de que cojeaba. Tenía un raspón sucio en la rodilla derecha. Me asusté mucho porque pensé que lo había mordido el perro.

Adondequiera que volteáramos había gente con ropa que le quedaba grande, casas de madera y lámina con antenas de cable satelital y perros escuálidos con la cola mochada, más tristes, agresivos y enfermos que los que se veían en nuestro pueblo, donde casi todos los perros callejeros tienen nombre, están esterilizados y parecen ser de todos —de hecho, muchos vecinos hasta les sacan platitos de comida—.

No voy a decir que no teníamos miedo. Caminábamos despacio, sin saber de qué lado quedaba el condominio y si sería mejor volver allí o in-

tentar llegar al centro comercial otra vez. El pueblo era muy grande, por lo que seguramente no veríamos el centro por muchas cuadras. Lo único que sabíamos era que quedaba cuesta abajo. A la salida estaba otra vez la calzada. Por fortuna, salimos en un lugar cerca de una pasarela. Subimos las gradas y desde allí tomamos una foto mental del lugar del que acabábamos de salir, de la calzada ancha con algunos árboles y palmeras enanitas en el arriate central y de la dirección aproximada en la que encontraríamos el centro comercial y, ojalá, a la Iya.

IX

El sabor del interior

Luego de caminar dos cuadras decidimos sentarnos a la sombra de una cornisa. Me dolía la cabeza. Por suerte, Batá decidió compartir su pachón de agua con nosotros. Luego de un par de tragos empezamos a sentirnos mejor. Justo estábamos por levantarnos cuando apareció un gran auto. Era un picop de esos de doble cabina, todo polarizado, con calcomanías de águilas calvas a los lados de la palangana y unos rótulos que decían: «*God Bless America*». Era imposible no reconocerlo. Sabíamos que Yon tenía que estar tras el volante, pero no quién se bajaría del lado del acompañante. Nos paramos

y pusimos caras muy serias. No sabíamos si correr, gritar o quedarnos parados. La puerta se abrió lentamente, no por completo, así que no podíamos ver quién se estaba bajando. Yon apareció trotando desde su lado y ayudó a terminar de abrir la puerta. Adentro estaba la Iya. «Niños malcriados. Cómo cuesta con ustedes. Primero se me pierde el nene y, cuando voy a llamar por teléfono, los veo a ustedes salir disparados hacia la calle. Vaya que mi hija me contó que Yon andaba por aquí. Si no, quién sabe qué habría hecho».

—Tenerr cuidadou. ¿Segurrou no querrerr que yo lleva?

—No, Juanito. Mucho hiciste ya con acompañarme a *vueltear* por todo el pueblo.

—Nou prroblema —dijo, y se volvió a meter en su picop.

Entonces la Iya vio que Batá tenía el raspón y le dio tres toquecitos a la puerta. Yon bajó el cristal

de la ventanilla. «Mira, hijo. ¿Podrías hacerme el favor de comprarme un pachoncito de agua, un rollo de Micropore, gasa y un botecito de agua oxigenada en una farmacia por acá cerca?». Le extendió un billete arrugado a Yon, pero él hizo un gesto de que no iba a aceptar el dinero. «Clarrou. No prreocuparr. Yo comprrarr», dijo, y se fue. Nos sentamos en las graditas de una casa a esperar. Llegó unos minutos después con las cosas en una bolsita blanca. «Tenerr cuidadou, señorra», dijo esta vez. Luego le dio un beso y un abrazo a la Iya y se marchó. ¿Ven cómo Yon no es tan malo?

El picop arrancó y todos lo despedimos con la mano. Luego, la Iya nos hizo sujetar a Batá de las manos. «Tengan cuidado y dejen que les apriete las manos», nos instruyó. Después sacó su desinfectante de manos, roció agua en el raspón para quitar la tierra, aplicó un poquito del desinfectante con un pañuelito y finalmente frotó con delicadeza. Ese fue

el momento en que Batá se puso loco. Pataleó con la otra pierna, nos apretó y chilló con una voz aguda, como un bebé, pero no nos apretó tanto como para hacernos daño ni movió la pierna que le estaban curando. La Iya dobló el pañuelito y le echó agua oxigenada. Batá ya no protestó tanto. Después le puso gasa y la pegó con Micropore. «Te voy a poner bastante porque ya vi yo que no te mantienes quieto», dijo ella. En una esquina se veía a un señor con una hielera. La Iya me dio el billete arrugado que había rechazado Yon y me dijo que comprara un helado de fruta de sombrillita para Batá, quien se limpiaba los mocos y las lágrimas con otro dobléz del pañuelito de la Iya.

Caminamos pocas cuadras, hasta una esquina en la que se aglomeraban varios mototaxis. Batá ya se había chorreado el helado de mora por todo el brazo y parecía que se hubiera vuelto a lastimar. Andaba pegajoso, pero no le soltamos

la mano. Primero volvimos al centro comercial a rescatar nuestra bolsa de chucherías que habíamos dejado en la ventana. Todavía estaba allí. Luego dijo la Iya: «Vamos a comprar la pintura».

Tomamos otro bicitaxi de vuelta al puerto, porque allí, entre los locales que desaparecen bajo el caos del mercado, está la tienda de pintura a la que iba el ferretero del pueblo desde los tiempos en que la Iya tenía nuestra edad.

Entre Balam y yo cargamos los botes, ya que la Iya ya no está como para eso. Sin embargo, pese a que se mira muy frágil, sí que aguanta largas caminatas. Por ratos parece que el viento fuera a llevársela. Otras veces parece que, si cayera un meteorito, ella sería lo único que quedaría en pie. Es más o menos como un árbol.

Íbamos a llamar un mototaxi cuando la Iya dijo: «Espérense». Y todos nos sobresaltamos. «Vengan».

Al otro lado de la calle había un puesto viejo en una carreta, con varias bancas pintadas de verde brillante y mesitas con manteles de plástico. Todo se parecía mucho a los locales del mercado del pueblo. Se lo dijimos a la Iya, pero nos dijo que este lugar era distinto. El vendedor la reconoció. Se saludaron muy cariñosamente y nos sentamos. Pidió tres atoles y varios tipos de tamales.

Todo aquello era comida «del interior», nos explicó. Nosotros estábamos más acostumbrados a la comida de la costa, sobre todo a los platos como el darasa, el tapado y la machuca. Todo aquello estaba bañado de un sabor extraño, sobre todo un tamal de cambray. La Iya lo repartió todo entre los tres y almorzamos más a gusto de lo que habríamos imaginado.

Una vez en el puerto dimos rápido con el lancharo, que había puesto su hamaca entre los postes de una tienda. Se veía molesto. Se suponía que

íbamos a irnos hacia el mediodía y ya pasaban de las tres de la tarde. Embarcamos los botes de pintura, que él nos ayudó a subir porque pesaban muchísimo. Tanto que solo habíamos aguantado cargarlos por trechos cortos y a cada rato teníamos que parar a descansar. Le di una última mirada al agua bajo el muelle. Había arena blanca. Sobre ella se movían unos peces bellos, y todo esto alcanzaba a verse bajo un manto de grasa de motor que me deprimió bastante, pese a que pintaba un arcoíris ondulante en la superficie.

Me sentí aliviado de volver a nuestro pueblo.

Mientras íbamos en la lancha, pensé que habría sido bueno comprar poporopos con mantequilla, como los del cine. Balam registró la bolsa de chucherías.

Creo que me leyó la mente porque sacó una bolsita de poporopos igualitos a los del cine, pero sellados. Entonces sonreí y le dediqué una última

mirada a la cabecera. Al fin de cuentas, no logramos despedirnos bien.

X

Paredes que se mueven

El domingo, cuando casi nadie pasa por esa calle porque todos van al parque y a la avenida principal, nos pusimos a pintar una ilusión óptica en cada casa del barrio.

Antes que nada, le pregunté a Camila cómo le habían hecho para convencer a los vecinos que estaban a favor de talar el bosque de que dejaran pintar sus casas. Me dijo que había sido fácil. Pasaron de casa en casa para hablar con la gente. A quienes no querían les recordaban que el proyecto de la tala también era del alcalde y se quedaban pensativos. Seguramente se acordaban del olor de aquella vez

cuando mandó cambiar los drenajes, pues ponían carita de «¡ush!» y arrugaban la nariz y la frente. Luego se ponían un poco pálidos, tal vez de acordarse del mosquerío que hubo todos esos días, y al final aceptaban como si a ellos se les hubiera ocurrido llamarnos para hacerlo.

Yo tenía la idea de que sería un trabajo cansado el que nos esperaba o de que el día se nos haría larguísimo y terminaríamos quemados por el sol. Fue al revés. Hicimos las marcas con tiza y cinta adhesiva para que las líneas quedaran limpias. Poco a poco los mismos dueños de las casas empezaron a involucrarse.

Primero nos llevaban tortillas con queso y frijol, limonada o naranjada y otras cosas para que comiéramos en los descansos. Luego salían a ver con disimulo, daban una ayudita por acá o una instrucción por allá y, cuando sentíamos, ya estaban subidos en una escalera con sus peores fachas,

manchados de pintura hasta en la cara, riéndose y contando anécdotas con nosotros.

Muchos de ellos no se hablaban antes de aquel día, pero terminaron formándose grandes amistades. Otros hasta llamaban a sus hijos, cuñados, primos y amigos para que llegaran a colaborar, aunque fuera tocando la guitarra para amenizar el momento. Otros sacaron bocinas y aquello se convirtió en un festival. Hacia el final del día, muchos sugirieron que deberíamos hacer lo mismo año tras año, pero con champas de comida y juguitos. Otros, que no, que mejor fuera cosa solo de este año. No sabía si se volvería a hacer al siguiente. Lo que sí es cierto es que ahora, en vez de quedarse encerrados, muchos vecinos de ese barrio salen en la tarde a tomar el fresco en la acera, a mecerse, a abanicarse y a platicar. Se invitan entre sí a tomar café o atol. Y lo mejor: las puertas de las casas ya casi nunca están cerradas.

Las ilusiones ópticas quedaron muy bien. Algunas mareaban al verlas. Otras hacían parecer que las casas bailaban. En otras aparecían puntos grises que huían de la vista. Con la ayuda de Esteban y de los vecinos dejamos el barrio muy bonito.

Al final, en la noche, fuimos por la última pared. En ella pondríamos una imagen del Prodigioso o Kukul, como quieran llamarlo. Y el centro de la ilusión parecía una flor o una explosión constante de colores. Esta no la pintamos sobre la pared. Tuvimos que pegarla con engrudo atrás del salón municipal. No creímos que los vecinos terminarían ayudándonos. Incluso, por ratos casi no nos dejaron hacer nada. Ellos mismos usaban sus rodillos, brochas, bancos y escaleras para embadurnar la pared de engrudo.

Quedó muy bien. Algunos se quedaron retocando sus murales. Y nosotros, caminando despacito sobre el empedrado, nos fuimos a nuestras

casas, pues queríamos dormir. Aquella había sido antaño la calle por la que se salía del pueblo, una de las más antiguas. Pero en ese entonces, de un lado quedaba la parte trasera del salón municipal y del otro el cementerio, que había venido extendiéndose hasta interrumpirla.

Mi abuela me contó alguna vez que por allí se iban a caballo el abuelo de Nanú —o sea, el esposo de la Iya— y mi abuelo, su cuñado. Cabalgaban despacio con sus jícaras y sus sombreros, tomando tragos largos de agua mientras repartían leña para las estufas antiguas, vendían plátano o hacían cualquiera de los negocios que se les ocurrían y con los cuales sostuvieron a sus familias por muchos años. Yo todavía me acuerdo de mi abuelo meciéndose en su hamaca y viendo cómo comía su caballo, el último, al que conservó por puro cariño durante muchos años después de que ya no podía montar. Los dos se fueron poniendo viejitos y flacos juntos.

Con el silencio del domingo en aquella hora, casi pude escuchar los cascos de los caballos sobre el empedrado, caminando juntos en dirección al cementerio, adonde unas semanas atrás les habíamos llevado flores y guitarras a los abuelos para gozar un rato en compañía de sus recuerdos.

Cuando regresé a mi casa, mis papás me habían preparado una cena especial. Dijeron que estaban muy orgullosos de mí y que ya no les importaba si repetía el año, que era más importante lo que estaba haciendo. No supe qué responderles, así que comí y les deseé buenas noches. Ya en mi cuarto, aunque estaba muy cansado, me quedé otro ratito con la luz encendida leyendo el libro de ciencias naturales.

Habíamos acordado reunirnos el día siguiente enfrente del mural de Kukul, a las nueve de la mañana. Al llegar vimos que varios vecinos paseaban despacio observando los murales. Poco

a poco, conforme avanzaba el día, la calle se fue llenando de puestecitos de frutas y refrescos y de familias paseando. Luego fuimos al bosque a jugar con nuestro amigo de piedra. Cuando llegamos, ya no estaban puestas las tiras amarillas que impedían el paso. Frente al Prodigioso, como lo llamaba el resto del pueblo, había una huella negra y redonda, como del tamaño de un televisor. Camila nos explicó que aquella era la huella de la ceremonia maya, lo cual era muy bueno porque tal vez algunas otras comunidades iban a sumarse para proteger a nuestro amigo.

Nos pusimos a jugar como siempre. Pasamos allí toda la mañana hasta que nos dio hambre. Volvimos al pueblo para comer y luego a la casa de la Iya para ver qué noticias tenía.

En el camino los vimos entrar: una ola de personal de seguridad vestido de negro de pies a cabeza. Seguimos nuestro camino con esa imagen

en la mente, como si hubiéramos visto una nube de tormenta desde el mar. Los seguimos algunas cuerdas, todos al mismo tiempo, casi poniéndonos de acuerdo por telepatía. Llegaron hasta la orilla del pueblo, frente a unas bodegas, donde Yon y el alcalde los esperaban. Hasta atrás de la caravana venían dos excavadoras. Eran grandes y amarillas, como dinosaurios de metal. Tuvimos miedo, pero estábamos emocionados. Sabíamos que nuestros cerebros unidos iban a detener lo que ni todos los músculos del pueblo juntos podrían.

Llegamos a la casa de la Iya. Estaba sentada en el patio sin hacer nada. Pensamos que algo malo le pasaba, pues nunca antes habíamos visto sus manos quietas.

Estaba contemplando el patio. Nos acercamos despacio, sigilosos y en silencio. Nos dijo con los ojos llorosos que ahora la mayoría creía en los prodigios de nuestro hombre de piedra, a quien ella

llamaba *el ancestro*, pero que el alcalde había decidido talar el bosque de todos modos.

—Ya sabemos —dije—. Vimos las máquinas y a los policías.

—Ya no hay nada más que hacer, niños. Solo esperar —dijo con la voz quebrada.

No sé por qué yo no estaba tan asustado como los demás. Pensaba que nuestro plan iba a funcionar como una fórmula mágica para apelar a la conciencia de los vecinos. Casi fue así. Casi.

Hubo dos cosas buenas que nadie esperaba que sucedieran. La primera empezó cuando Josefino, el único extranjero y dueño del café del pueblo, llegó con un bus lleno de personas con el pelo de todos colores: rojo, café, negro y dos de ellas amarillo, como él cuando era joven. Incluso venía una mujer con el pelo verde. Josefino era lo opuesto a Yon, un extranjero flaco y viejo que había cambiado su nombre por uno de por aquí. En realidad, su

nombre se pronuncia algo así como *Yósef*. No era del Norte, pero nunca le molestó demasiado que todo mundo le dijera el *gringo*. De hecho, justo ese nombre le puso a su negocio.

No todas aquellas personas eran rubias. Bajaron del bus y se pusieron a tomar fotos por todos lados. Algunos tenían el pelo largo y enredado. Otros venían en familia. Pronto se dispersaron por el pueblo y algunos hicieron trato esa misma tarde para pasar toda la semana allí. Entre ellos había varios niños, en especial un grupo de cuatro que parecían ser amigos entre sí.

Balam fue por su pelota de futbol, se puso detrás de mí y me dijo: «¿Por qué no vas y les pides que vengan a jugar con nosotros?».

«¿Y por qué yo? Si quieres, ve tú», le dije, y noté que se ponía rojo. Seguro le gustaba una chica del grupo que tenía la piel morena y los ojos del color de la miel, entre amarillo y café. A mí también

me ponía un poquito nervioso, no les voy a decir que no, pero si él era el interesado debía ir él. Al fin logró convencer a Camila de acompañarlo.

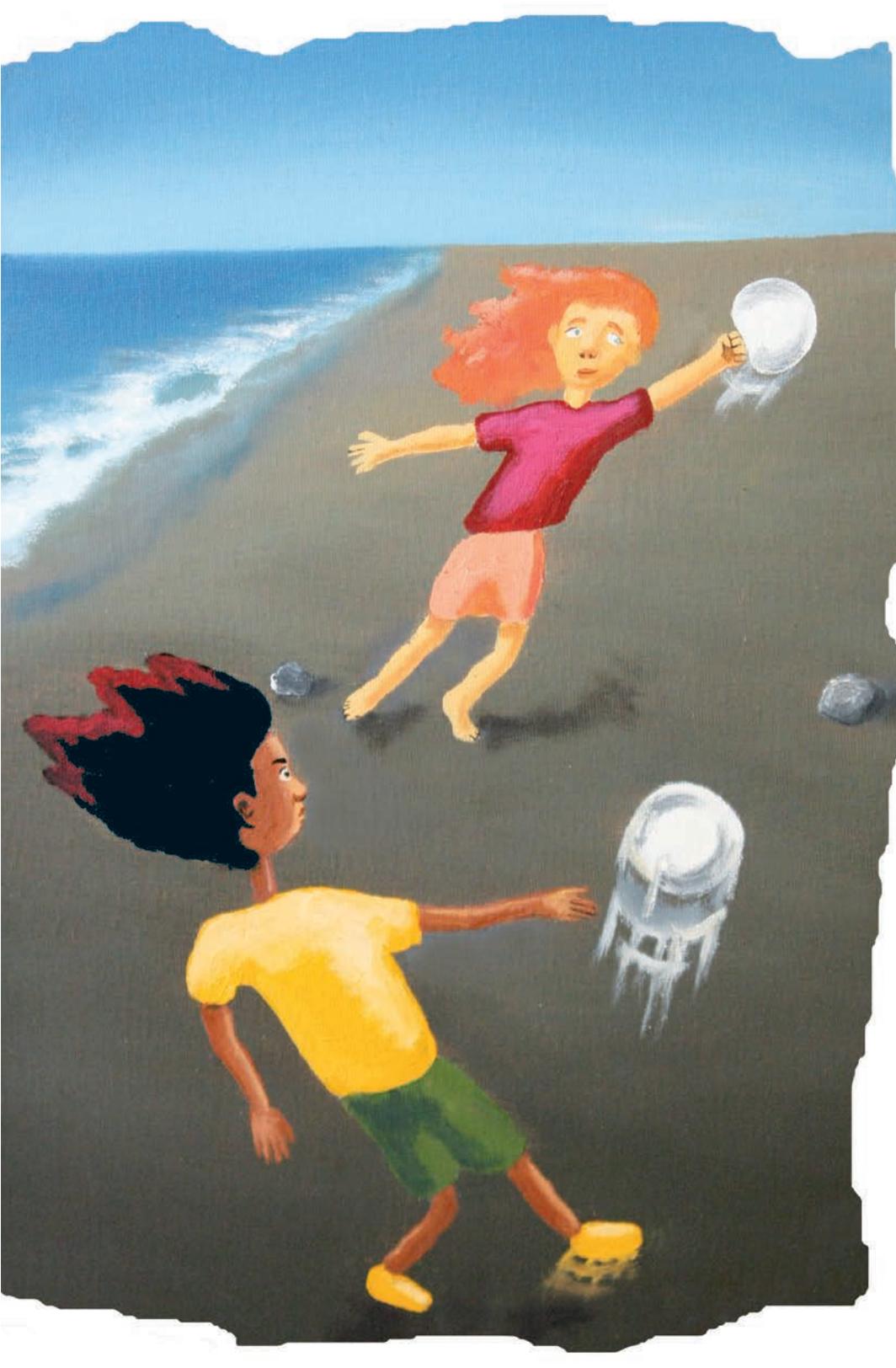
Era evidente que ninguno de ellos hablaba español, por lo que hubo que mostrarles la pelota para que aceptaran jugar un partido con nosotros. No es por presumir, pero las pocas veces que jugábamos fútbol con otro equipo de cuatro era raro que nos ganaran.

Nos presentamos diciendo nuestro primer nombre mientras nos señalábamos el pecho: Balam, Camila, Nanú, Yuyú. Ellos hicieron lo mismo: Yuri, un niño alto de pelo negro que parecía el mayor de todos; Cocó, una niña de pelo rojo, pecas y ojos celestes; Tanyo, más o menos de la misma edad que Cocó, con ojitos rasgados y pelo negro liso liso liso; y Charli, la niña que le gustó a Balam. Me pregunto si nuestros nombres les habrán parecido tan raros como a nosotros los de ellos. En fin,

no hizo falta entender una sola palabra de las que decíamos para jugar el partido más largo y alegre que pueda recordar.

Camila era nuestra portera. La de ellos, era Charli. No me pidan que les describa el partido —nos ganaron—.

Esa misma tarde fuimos todos a la playa a bañarnos en la parte más limpia y menos profunda de la bahía, donde las olas no son muy altas y se pueden ver peces fácilmente, sobre todo con un esnórquel y con algo de práctica flotando hacia abajo. Justo frente a una piedra grande y resbaladiza a la que solo Balam puede encaramarse, me pregunté por primera vez si la piedra de la que está hecho Kukul sería pariente de esta. El cielo se veía un poco nublado, por lo que se podía andar sobre la arena descalzo sin miedo a chamuscarse los pies. Allí presencié algo totalmente opuesto a lo que me pasó en el centro comercial.



Es probable que estos niños vinieran de lugares y situaciones como las que miramos en la televisión. O probablemente ninguna de esas cosas era verdad y todos vivamos en la parte que nunca se muestra en las películas. Pero la película de la vida de estos niños es diferente a la nuestra. Por eso mismo estaban maravillados de encontrarse en este lugar tan distinto a todo eso por lo cual ellos y el resto del mundo, por la tele y el cine, se forman la opinión que suelen tener de nosotros.

Bueno, la cosa es que no entendíamos nuestras palabras y aun así una seña bastaba para que nos siguiéramos unos a otros y pudiéramos explicarles cómo se buscaban jaibas, cómo se pescaba, qué se podía encontrar en los alrededores, qué se podía comer y cómo se comía. En una de esas oímos a Camila gritar: «¡Miren a Charli!». Y cuando volteamos a ver, ella estaba subida sobre la piedra de Balam. Pensé que él iba a sentirse mal por eso

—después de todo, él era el único que podía hacerlo—, pero no. Nuestro amigo, por el contrario, esgrimía una sonrisota de oreja a oreja.

Nanusu tuvo la idea de pedirle a su mamá que nos diera de comer ese día. Aunque no a todos les encantó la comida, sí les impresionó que fuera tan diferente a todo lo que acostumbraban. Así como a mí me sorprendió estar frente a los empaques, las marcas y los productos que vi cuando fuimos a la cabecera, porque antes solo los había visto en los comerciales, ellos examinaban cada tamalito envuelto en hoja de maíz, los animales marinos saliendo del tapado y la machuca, las hojas de plátano, la bola de plátano molido, y todo lo demás, mientras dejaban salir sus expresiones en un idioma que definitivamente no era inglés.

Claro que al día siguiente fuimos a mostrarles nuestro amigo de piedra. Charli le tomó fotos con una cámara que parecía sacada de una pelícu-

la. Bueno, nada raro si lo pienso bien. Para nuestra sorpresa, Tanyo llevaba el mismo libro que tenía Camila, en el cual nos había mostrado el monolito que se parecía a Kukul —le dejamos ese nombre, que nos parecía lo máximo, porque así no lo nombrábamos como los adultos y se convertía en un secreto, nuestro secreto—. Claro, el libro de él estaba en otro idioma. Eran como nosotros, pero en otra dimensión. Me sentí más cercano a ellos de lo que creí que pudiera sentirme. Al mediodía volvieron a sus casas. Yuri nos invitó a comer y pasó lo mismo. Era comida muy muy parecida a la nuestra, pero algo en los sabores no era lo mismo. El elote era dulce y había unas tiras como de jamón frito y duro. Riquísimo.

La otra cosa buena fue que dos días después llegó una camioneta de un canal de televisión para hacer un reportaje. «Estamos aquí en el pueblo de paredes que se mueven», dijo el reportero ante las

cámaras. Entrevistaron a algunos de los pobladores y la mayoría atribuyó aquello al hombre de piedra. Eso y muchas otras cosas buenas. Luego, los reporteros se metieron con las cámaras hasta llegar al lugar, guiados por uno de los vecinos de la calle de las ilusiones ópticas, y le mostraron a todo el país lo que estábamos tratando de conservar.

Esas dos cosas retrasaron los planes de Yon, por lo que obviamente estaba muy enojado. Para empeorárselo todo, los canches se metieron al bosque para acampar alrededor del Prodigioso de la Montaña. Algunos se quedaban en las tiendas. Otros se iban a vender adornos en alfombritas que pusieron a la sombra de los árboles de la calle de las ilusiones ópticas. No estaban cometiendo ningún crimen. Por eso no podían arrestarlos.

Todo iba súper. Parecía que mis presentimientos se habían vuelto realidad. Incluso, circulaba el rumor de que iban a mandar a alguien a

que declarara al Prodigioso monumento nacional. Pero la noche del jueves, sin previo aviso, Yon hizo que los de seguridad expulsaran a los canches de sus tiendas. Luego, los leñadores pasaron casi toda la madrugada talando en línea recta hacia el hombre de piedra para que las excavadoras lo quitaran de la montaña o lo deshicieran. Como a las cinco oímos que tocaban a nuestra puerta para darnos la voz de alarma.

XI

Los dos ríos

Muchos estaban todavía en bata, pero la mayoría ya estábamos vestidos. En el parque tenían un altavoz que nos llamaba. Mis papás me llevaron de la mano. Rápidamente nos fuimos perdiendo entre la gente que caminaba por las calles en busca de los leñadores para hacerlos entrar en razón y desistir de talar árboles.

Al llegar a la brecha, allí estaban los de seguridad haciendo una fila con escudos para detenernos. Y al frente de ellos, ¿adivinen quién estaba?: Yon. «Váyanse. Serr mucho peligrouso estarr aquí. Árrbol caerrles encima», dijo.

Detrás de él estaba el alcalde, quien trataba de ocultarse detrás de los de seguridad y de perderse un poco entre los leñadores. Tenía vergüenza de estar allí y se le notaba. Entre la gente busqué a mis amigos. Nanú, Camila, Balam y yo nos alejamos de nuestros papás y nos escabullimos entre aquel ejército de piernas de adultos. Cuando por fin salimos de aquella masa de gente, ya venía entre nosotros Batá.

—Sígueme —dijo Balam—. Vamos a tener que hacer algo muy muy valiente.

—¡Batá! —dijo Batá.

Dimos un rodeo muy largo. Nos salimos de la calle para quedar atrás del gentío y cruzamos tres cuabras corriendo. Luego nos dirigimos hacia el bosque por una vereda junto a una ladera. La subimos, bajamos del otro lado y llegamos al bosque. La gente que gritaba por los altavoces se oía algo lejos. Caminamos despacito, medio protegidos por

los árboles, medio escondidos por la niebla del amanecer. Pas pas pas sonaban las hojas bajo nuestros pies. Al fin pudimos oír cómo caían los árboles y nos alejamos. Dimos otro rodeo hasta llegar al círculo de Kukul y nos sentamos alrededor viéndolo. Había lágrimas en la cara de casi todos nosotros. Los leñadores no habían llegado, pero se sentía el paso de las excavadoras cuando hacían vibrar el suelo.

Pero en eso oímos unos pasos que se acercaban. Nos pusimos en cadenita, tomados de los brazos uno con otro, como he visto en las noticias que se pone la gente cuando quiere proteger algo.

Los leñadores fueron saliendo uno por uno de entre los árboles y se nos quedaron viendo con cara de sorprendidos. Cuando varios de ellos nos rodearon comencé a sentir la misma angustia que cuando Balam y yo nos perdimos en el condominio de la cabecera. Estaba a punto de echarme a llorar, de caer sentado y de dejarlo todo atrás, cuan-



do Nanusu abrió la boca y de esta empezó a salir, como si hubiera sido una mariposa de colores, una canción que nos cantaban a los dos cuando éramos más niños.

En realidad no era la letra lo impresionante, sino la forma en que su voz la entonaba en aquel momento. Tan clara, tan fuerte y tan dulce que inundó de ternura todo lo que nos rodeaba. Parecía que aquella mariposa invisible iba creciendo frente a los ojos de todos, que extendía sus alas en medio

de nosotros y de todos aquellos hombres con chaleco y casco.

Sentí cómo me volvía el aire al cuerpo y levanté la barbilla. Creo que les quedó claro que no pensábamos movernos.

Fueron llegando cada vez más de ellos hasta que el número nos rebasó. Uno de ellos dio un paso al frente y rompió así la barrera que había generado la canción de Nanú. Después, otro se adelantó. Poco a poco fueron separándonos.

Entonces, sin ponernos de acuerdo, esquivamos gente y, como si nos hubieran pulsado un botón, nos subimos al Prodigioso, a una altura tal que no podían bajarnos sin hacernos daño. Allí nos quedamos, bien sujetos, viendo cómo los dos últimos árboles entre el pueblo y el hombre de piedra desaparecían.

En ese momento entró un rayo de sol rosado que nos iluminó. Cuando vimos la excavadora, to-

dos gritamos. Sin embargo, para nuestra sorpresa, se apagó de repente.

—Niños, ¿qué están haciendo allí subidos?

—No vamos a dejar que tiren a nuestro amigo —gritó Camila.

—¡Bajen de allí! Algo malo les puede pasar si se caen. Tienen suerte de que no les haya caído un árbol encima.

—Yo los conozco —dijo el que manejaba la excavadora mientras bajaba de ella—. Voy a ir a avisarle a Yon.

El trabajador se perdió entre los árboles y reapareció minutos después con Yon y nuestros papás, que habían hecho un trato para que la seguridad los dejara atravesar el cerco.

Yon creyó que nuestros papás iban a regañarnos, pero nos dijeron que no nos moviéramos y se agarraron de los brazos frente a las excavadoras.



—Eres un tramposo, Yon. Sabés muy bien que este fin de semana vamos a volver a votar para evaluar si se lleva a cabo tu proyecto o no. Tienes miedo de perder, ¿verdad? —gritó mamá.

Vimos a Yon ponerse todo rojo. Resopló y fue a traer una piocha, pero, como no tenía la habilidad suficiente para manipularla, solo pudo arrastrarla.

Todos contuvimos la risa. Entonces Yon le dijo al que operaba la excavadora: «Tú, empezarr deshacerr houmbrrre de piedrra». El señor tomó la piocha y caminó hasta quedar frente a nosotros. Nos vio con dificultad porque estábamos sobre Kukul. Una sonrisa se dejaba ver en su rostro mientras caminaba hacia nosotros. Abrazamos la piedra llorando, esperando sentir los golpes de la piocha, pero lo que escuchamos de aquel hombre fue: «¡Padre mío! Yo no voy a tocar con ninguna herramienta a este hombre».

Y luego de aquellas palabras agregó estas:
«¡Miren! ¡Está llorando!».

Al principio pensé que estaban hablando de nosotros, pero entonces abrimos los ojos un poco —lo cual costaba porque el sol nos pegaba directo en las caras— y distinguimos que todos se acercaban despacio y sin sus herramientas. Batá se descolgó como un mono desde la frente hasta el suelo, se alejó poco a poco con cara de susto y nos indicó con un gesto que lo acompañáramos. Nos descolgamos también. Mis papás me recibieron cuando di el último brinco y me levantaron para que pudiera ver sobre las cabezas de los otros obreros.

Había dos ríos largos y gruesos que fluían de los ojos del hombre de piedra. Inspeccioné con la vista las caras de los que estábamos alrededor. Era como si Kukul nos hubiera contagiado el llanto. Incluso juraría que vi dos lagrimotas gruesas escorrirse por debajo de los eternos lentes de sol de Yon.

Uno de los trabajadores salió corriendo hacia el bosque. Poco a poco, de entre los árboles, comenzaron a surgir las figuras de los agentes de seguridad y, luego, las de los pobladores —rubios y morenos, hombres y mujeres, niños y ancianos—, todos acercándose a ver el que podría catalogarse como el mayor milagro de la montaña.

Las excavadoras dieron marcha atrás. Tardaron toda la mañana en salir del pueblo. Yon estaba triste. Luego descubrimos que se había gastado todo el dinero que había ganado en el Norte en el alquiler de las máquinas, en la comida de los agentes de seguridad y de los operarios de las máquinas y en el alquiler de la bodega donde estas estuvieron guardadas toda la semana.

Pero la tristeza no le duró mucho. Al poco tiempo se asoció con Josefino y pusieron un pequeño parque turístico ecológico. También montaron una empresa de viajes que traía gente de todo el país

y del extranjero a ver al Prodigioso de la Montaña, en el bosque junto al pueblo de las paredes que se mueven. Después de la visita de los delegados del Gobierno, que declararon a nuestro Kukul patrimonio nacional, se pudo convencer al gobernador de mejorar la carretera que va del pueblo a la cabecera, de modo que ahora ya podemos ir al cine cada fin de semana sin tener que hacer el recorrido largo y penoso de antes. Bueno, el camino terrestre, ya que los viajes en lancha siguen siendo lo más hermoso.

Yo gané el examen de Ciencias Naturales con una nota muy alta. Mi maestro creyó que hice trampa, de manera que tuve que repetir el examen solito frente a él y al director. La segunda vez saqué la nota perfecta. No podían creerlo. Mis papás ofrecieron una merienda en la casa de la Iya con mis amigos para celebrar. Me preguntaron si quería que mandaran a traer la refacción del centro comercial

de la cabecera, pero preferí que compraran la comida en el comedor al que nos había llevado la Iya.

XII

Cosquillas en la panza

Pero yo estaba con la duda de qué había pasado en realidad aquel día.

¿Realmente nuestro amigo Kukul, ahora patrimonio nacional, había llorado? No era que quisiera poner en tela de juicio los prodigios del Prodigioso, pero, desde que leía con asiduidad y gusto aquel libro de ciencias naturales —que conservo hasta la fecha—, pronto vine a convencerme de que a veces la realidad física puede ser más asombrosa que las mismas fantasías. La pregunta, pues, me daba vueltas y vueltas en la cabeza.

La respuesta no tardó en llegar.

Una semana antes de que se acabaran las vacaciones decidimos ir a visitar al Prodigioso de la Montaña. Hacia el mediodía nos dimos cuenta de que nunca habíamos explorado todo el muro en el que parecía estar apoyado, que supuestamente era una montaña.

«Tal vez es como la ladera de aquella calle que solo nosotros podemos escalar», dijo Nanú, refiriéndose a la vereda por la que entramos en el bosque el día que el Prodigioso lloró.

Comenzamos a caminar por el borde. Tomamos del suelo piedras y palos por si se nos aparecía un jaguar o un tapir. Luego de un rato, Batá dijo... (bueno, ya saben qué dijo) y señaló un sendero que sobresalía en la pared. Subimos despacio, sujetándonos por ratos de las plantas que salían de lo que parecía un graderío muy inclinado. Al rato, la pared terminaba y ya podíamos pararnos en un terreno más estable. Nunca se me va a olvidar la

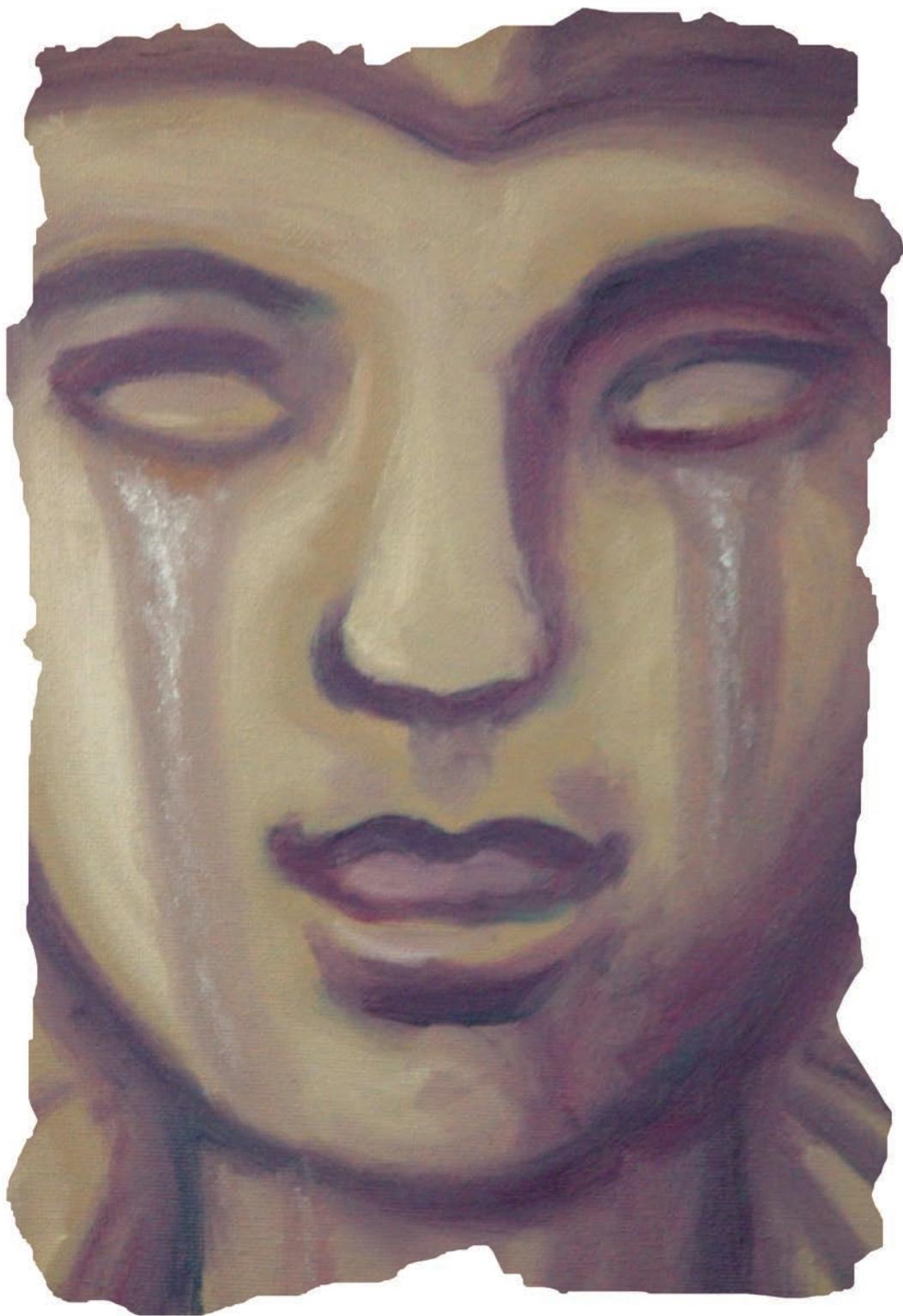
luz que vi, tampoco el vértigo que sentí, cuando descubrimos aquel lago, cuando nos dimos cuenta de que todo el tiempo habíamos creído que estábamos protegiendo a nuestro amigo Kukul, cuando en realidad era él quien nos protegía a nosotros, pues impedía que la laguna se desbordara, inundara el pueblo y lo enterrara bajo el lodo.

Resulta que toda aquella construcción era un dique construido por nuestros ancestros para retener el agua de la laguna y evitar que inundara sus viviendas en las partes bajas. Y los ojos de Kukul no eran sino una suerte de respiraderos o rebalses que liberaban la tensión del dique para que este fuera más resistente. Por esa razón, cuando la laguna contenía más agua de la cuenta, los ojos de Kukul la *lloraban* para liberar un poco de ese exceso de agua, aliviar la carga contenida por la montaña e impedir desastres. Si se lo piensa bien, un poco lo que sucede con nuestros propios ojos, que a veces lloran las

penas del corazón cuando estas lo rebalsan. Nuestro amigo el Prodigioso, por tanto, viene a ser una prueba contundente de que nuestros ancestros no solo eran unos grandes ingenieros hidráulicos, sino también unos maestros en los temas del corazón.

Creo que allí sentimos todos el vértigo, no solo de estar en lo alto en la montaña, sobre los árboles, viendo el pueblo pequeño allá abajo, más allá del bosque, sino de darnos cuenta de nuestra propia pequeñez.

Todos debemos de haber sentido cosquillas en la panza al ver hacia abajo y pensar en la enorme ola de lodo que se nos habría venido encima de no estar allá abajo nuestro amigo Kukul. Pero sobre todo al imaginar cómo todo se conecta en este mundo, desde la vida de los animales pequeños que habitan el bosque hasta la de los árboles más grandes. Al imaginar a nuestros ancestros viniendo aquí a edificar sus casas y construir esta montañita para



contener el flujo del río y desviarlo en su camino al mar —sin vulnerar el entorno, como lo habría hecho el proyecto de Yon—. Las mismas cosquillas que debemos de haber experimentado al sumergir nuestros pies en la laguna formada por el desvío, sentir en nuestras plantas el revoloteo de los tepalcates e imaginar el ciclo del agua que sube al cielo, baja a la montaña, se interna en la tierra, entra en nuestros cuerpos y aflora de nosotros, cuando estamos conmovidos, como un llanto.

Como un llanto si somos de carne y hueso.
O como una filtración en un acueducto antiguo si somos de piedra.

Fin

Índice

Un nuevo amigo	7
Unos viejos amigos	13
Lo que se viene	27
La óptica con que se ven las cosas	43
La ilusión de que las cosas se mueven	57
Lo que siempre ha estado allá y no vemos	71
Las dos caras del progreso	81
Hamacas en Groenlandia	93
El sabor del interior	105
Paredes que se mueven	113
Los dos ríos	131
Cosquillas en la panza	143

En este libro podrás aprender sobre:

- Organización social
- Trabajo colectivo
- Tolerancia
- Diversidad
- Preservación y manejo de los recursos naturales
- Principios básicos de óptica
- Convivencia intergeneracional

El prodigioso del acantilado, un monumento en medio de un bosque, llama la atención de Yuyú y de sus amigos. Todos forman un grupo diverso, en el que la diferencia de edades y de gustos no limita la afinidad que tienen entre sí. Cuando se enteran de que los adultos tienen el plan de demoler el monumento para instalar un condominio y un centro comercial, concentran sus pensamientos en la manera de frenar la destrucción del bosque y la tala de árboles. Adéntrate en el relato y averigua de qué ingeniosa manera logran su propósito.

Esta colección de libros fue creada en La factoría de historias. Se trata de un esfuerzo colectivo de imaginación. Cada historia fue evolucionando hasta tomar su forma final en una discusión abierta entre los escritores y los ilustradores que participaron activamente y enriquecieron con sus visiones y su experiencia este proyecto.

